



ANT

XIX

84

**LOS MISTERIOS
DE LA TORRE DE SAN JUAN.**

13 cmj.

R.43.524

LOS MISTERIOS
DE LA TORRE DE S. JUAN,

ó



LOS CABALLEROS TEMPLARIOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

TOMO I.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

rara vez á la ancianidad. Nosotros hemos cambiado de señores: los nobles condes de Armagnac, han cedido esta morada á los caballeros del Temple y...

—Han podido, interrumpió Marcelina, ceder su propiedad; mas no por eso dejan de reposar los huesos de sus antecesores en la próxima iglesia y el espíritu que despues de tantos siglos vela sobre su familia, y se complace en señalar los acontecimientos que la sobrevienen, no ha dejado por eso de vagar por los vastos salones de esta mansion terrible... Lo oyes? el ruido se aumenta. Gran san Cipriano, mi venerado patron, protegednos en este horrible trance!... Pero Dios mio! la capilla señorial parece que está iluminada: lo repito, Jacobo, es preciso que alguu funesto acontecimiento haya ocurrido.

—No me engaño, añadió Jacobo, tocan la alarma en las murallas del castillo: se oye correr en tumulto á los soldados: ¡Oh! es indudable que pasa alguna cosa extraordinaria.

—Abre la ventana; dijo Marcelina, acaso sabremos asi lo que sucede.

—Será necesario que yo pregunte á esos advenedizos, á esas gentes que de ayer han adquirido una autoridad de que están tan orgullosos? ¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué tiempos tan

diferentes! Te acuerdas, mi pobre Marcelina, de aquellos días de alegría, en que la jóven y hermosa Ethelmunda, la hija del poderoso conde Juan d' Armagnac, y hermana del señor Bernardo, que hoy reina por la gracia de Dios, venia a visitar esta morada? Las puertas estaban abiertas de par en par, las murallas se cubrian de guirnaldas, los aposentos adornados con las mas ricastapicerias, no bastaban á la concurrencia de los vasallos: los alegres trovadores cantaban las hazañas heróicas de los antecesores de madama Ethelmunda: todos eran felices, al paso que ahora el luto y el silencio reinan alrededor de nosotros. Ya no hay fiestas públicas; los vasallos se ocultan, las tiernas doncellas atemorizadas...

—Calla, Jacobo, ahora me toca á mi impo-
nente silencio: los altivos templarios no son lo mismo que una jóven señorita.

—Cómo es posible, continuó Jacobo, que unos honrados caballeros se conduzcan del modo que lo hacen? Este castillo, en otro tiempo la reunion de todas las virtudes hospitalarias, está cerrado á todo el mundo. Apenas se nos permite recibir en él á un peregrino que viene de la Palestina, trayendo las más sagradas reliquias. Una guardia constante vela sobre lo alto de las murallas; á cada mo-

mento se deja caer el puente levadizo para introducir pobres pastoreillas ó desgraciadas cogidas en Tolosa en la plaza de la puerta de las Croces. Se bebe, se canta sin cesar, y algunas veces cuando me paseo por los largos corredores del castillo, hácia la media noche, para ver si todo está en su lugar, oigo unas palabras que me hacen estremecer, y veo cosas!... Felizmente, como nos dicen los buenos padres benedictinos del convento próximo: *Dios está en todas partes: él lo vé todo: todo lo pesa, y á su tiempo se manifiesta.*

Al llegar aquí fué interrumpido Jacobo en su discurso por el sonido de la campana, que principió á balancearse por tercera vez. Siguióse un profundo silencio, turbado algun tiempo despues por un espantoso grito que pareció salir de una gran galeria inmediata á la capilla. Entonces se hizo oír el redoble del tambor; el centinela mas próximo gritó: *¿quién vive?* pero nadie le respondió, y un eco vecino repitió solo las últimas sílabas. En aquel momento fué ya imposible á Jacobo contener mas tiempo la curiosidad: abrió la puerta de su aposento, y salió al patio á fin de informarse de los arqueros de guardia de todo lo que acababa de pasar.

Con respecto á la buena Marcelina, su ter-

ror era estremado. Humildemente prostrada, oraba con gran fervor á todos los santos del cielo invitándolos á venir en su auxilio durante la ausencia de Jacobo, á quien no habia podido detener: este fué reconocido por uno de los soldados.

—¿Sois vos, Jacobo? le dijo, yo os habia tenido por la fantasma que acababa de mostrarse sobre la muralla por la parte de Tolsa.

—¿Hablais seriamente, Urbano, ó tratais de reiros á mis espensas?

—No, sin duda, yo os lo juro. Cuando se oyó por primera vez la campana, todos nos preparamos á ver algun acontecimiento extraordinario. Berthos, uno de nuestros compañeros, ese parisiense que se jacta de no creer nada, y que yo creo tiene miedo de todo, ha querido al pronto, como tiene de costumbre, chancearse y ridiculizar este acontecimiento; pero, por la madre de Dios! que hemos tomado completamente nuestra revancha, pues al segundo movimiento de la campana ya mudó de lenguaje; ya no se reía entonces, y su rostro se quedó mas blanco que la nieve cuando vió, como nosotros, el resplandor extraordinario que salia de la capilla, donde no entra alma viviente en ausencia del capellan, que está desde ayer en

Tolosa, y no volverá, según me han dicho, hasta el domingo próximo. Por de pronto, nosotros hemos pensado que la cosa iba á ser seria, y todos nos pusimos de rodillas entonando la letanía de la Virgen Santísima. En el momento en que con mas devoción estábamos orando, atrajo nuestra atención un ligero ruido que oímos a nuestra espalda, y vimos una figura blanca elevarse poco á poco de la tierra, y marchar como un relámpago hasta la puertecilla de la cuarta torre de la derecha: allí se desvaneció.... Nosotros somos valientes, amigo Jacobo, y sin que sea alabarnos, nos hemos batido mas de una vez con los ingleses y los sajones. Y bien! no hay uno entre todos, que no hubiera preferido encontrarse sin casco, y con solo la espada, en medio de una compañía escocesa, mejor que en presencia de un aparecido. Apenas nos habíamos repuesto de nuestra turbación, cuando tercera vez se agitó la campana, y después de un momento de silencio se dejó oír un grito agudo. El arquero de centinela gritó *¿quién vá?* Como si nada hubiera dicho; porque los muertos no responden, sino cuando les acomoda: y, san Miguel nos favorezca! qué hubiera sido de nosotros si el espíritu hubiese respondido: *Soy yo?*

—Oh! sin duda, honrado guerrero, hay

motivo para estremecerse. Sin embargo, estoy seguro que ninguno de vosotros habrá querido penetrar este misterio, entrando en la capilla, ó subiendo al torreón.

—Estais en lo que decis, buen Jacobo? Yo os creia con mas juicio: entrar en la capilla á escalar el torreón de atalaya! vaya, vaya, ninguno de nosotros pondrá allí el pie si no se lo mandan, porque no tratamos de mezclarnos en lo que no nos importa: nuestro servicio está reducido á lo exterior del castillo: vos sois quien debeis recorrer los aposentos interiores.

—Es extraordinario que en esta circunstancia no me hayan hecho llamar los caballeros: ellos saben que yo guardo la mayor parte de las llaves, y que soy el que mejor conozco las interioridades del castillo.

—No lo extrañeis, porque todos salieron esta mañana, y ninguno ha vuelto todavía. Sin duda la caza se ha prolongado mucho, y acaso los habrá llevado hasta cerca de Aviñonet. El señor de Mesalvo salió el último, y á fé mia, aunque no volviese en largo tiempo no se le echaria mucho de menos. Ese gefe no es de los que saben hacerse estimar, y por mi parte daria de buena gana mi vida por el caballero de Montaut; pero ese italiano con aquella cara tan negra, no sé qué bie-

nes haga en la tierra, y dudo mucho que se le recompense en el cielo. Yo os hablo francamente y no soy el único que piensa de este modo... Pero es tarde, la noche vá ocureciéndose demasiado, me parece que oigo algun trueno lejano, y no será estraño que la tempestad caiga sobre el castillo. A fé mia, tengo lástima á los que estén de guardia antes de la aurora.

—Con que no reemplazaríais á ninguno de vuestros camaradas?

—Yo he hecho mi servicio á buena hora sin haberle abreviado, y ya estoy franco; por lo tanto me voy al cuerpo de guardia, dedonde nadie me hará salir hasta mañana.

—Y no me acompañaríais á dar una vuelta por el castillo si os lo rogase?

—No, padre; vos podeis recorrerle á vuestro gusto, que yo bastante siento haber venido á él; á vos os conocen ya los aparecidos, porque atravesais tan á menudo los lugares que ellos frecuentan! al paso que á mí no me han visto jamás, y el encontrarse con una cara nueva, no sabemos si les agradaría. Pero si quereis salir á la campiña inmediata infestada por una cuadrilla de bandoleros, soy vuestro: á mí me gusta batirme con cuerpos que pueda tocar con mi lanza.

Aquí terminó la conversacion: el soldado

llamado por sus camaradas, no tardó en alejarse, y Jacobo volvió á pasos lentos á su habitación. Marcelina pareció que renacia al verle entrar: hizole mil preguntas, y á cada respuesta que obtenia la pobre mujer, se santiguaba y repetia sus exclamaciones. Compartiendo los dos su frugal comida, se perdian en conjeturas, cuando un nuevo incidente trajo un vivo alimento á su curiosidad: oyóse un gran ruido de caballos que caminaban por la esplanada exterior de la fortaleza.

—Ea! exclamó Marcelina, gozosa de verse distraida de sus lúgubres terrores, ya están ahí los caballeros. Apresúrate Jacobo, á ir á su encuentro, no echen menos nuestros cuidados; porque qué seria de nosotros si en nuestra vejez se nos arrojase de estos muros donde hemos nacido, y en que tanto tiempo fuimos felices? Es cierto que podríamos irnos á vivir á nuestra casita de Bariega; pero yo he nacido aquí, y aqui quiero morir.

—Tienes razon, mi buena Marcelina; tambien yo deseo estar presente á la relacion que, sin duda les hará el oficial que esta de guardia; supongo que no les disimulará nada, y ciertamente veremos si esos altos barones no se estremecen como nosotros los villanos.

A pesar de los buenos deseos del conserje, sus piernas no le ayudaron, y no pudo llegar á tiempo de ver lo que tanto anhelaba saber. Los templarios despues de haber dejado sus caballos en el patio, habian entrado en el peristilo gótico adornado de columnas de mármol rojo, de donde partian las diversas escaleras del castillo. El primero de entre ellos, el caballero Mesalvo, tesorero de la órden en el gran priorato de Tolosa, se burlaba del espanto producido en la guarnicion por el pretendido fantasma, afirmando que el viento solo habria hecho sonar la campana, y atribuyendo al miedo y otras causas el resto de la aparicion. Los demas caballeros hicieron otro tanto, y en seguida mandaron que se cubriesen las mesas y se llevasen buenas botellas de vino. Los criados se pusieron en movimiento: una fastuosa comida estaba preparada, y esperándola los caballeros entablaron conversacion sobre la situacion política de la Francia.

II.

Felipe el Hermoso acababa de suceder á Felipe el Atrevido, su padre; aunque elevado al trono muy jóven, el actual rey tenia el valor y la prudencia de su santo abuelo; pero marchitaba el lustre de sus mas bellas cualidades, por una obstinacion sin ejemplo, una firmeza poco comun, y un exagerado deseo de sostener la dignidad del trono.

Bonifacio VIII ocupaba entonces la silla de san Pedro: pontífice soberbio, arrebatado, y queriendo sujetar los reyes de la tierra á su

santa corona (1), creyendo que el poder de desatar los pecados en el cielo le daba el de mandar á la Europa: sus contiendas con Felipe eran llevadas al extremo, no queriendo ceder ninguno de ellos, y agoviándose recíprocamente de injurias y ultrajes, renovados sin cesar. Bonifacio, sentado en el trono pontificio, lanzaba los rayos de la excomunion: Felipe, soberano en sus estados, hacia secuestrar las rentas del papa. Uno y otro, demasiado avanzados para retroceder, se atacaban con el calor de dos antagonistas implacables y poderosos: la cristiandad, esperaba no inquietar el fin de esta cuestion, que podia llegar á ser tan fatal al trono como al altar.

Un templario llamado Oger de Mota, podia mejor que nadie informar á sus hermanos de las disensiones del rey con el papa. Llegado

(1) El gorro pontifical con que los papas cubrian sus cabezas no estaba adornado sino de una sola corona. El orgulloso pontífice Bonifacio VIII añadió la segunda, y el papa Benedicto XII puso la tercera, para distintivo de su triple poder, como soberano temporal, como gefe de la religion sobre la tierra, y como destinado á llevar una diadema imperecedera en el cielo.

la vispera de la corte de Francia, adonde habia sido portador de pliegos dirigidos al gran maestre de la órden, se habia instruido con una viva curiosidad de todos los pormenores de un negocio tan interesante. En aquella época, no existiendo los caminos reales, ni el servicio de correos, que no se introdujo hasta el reinado de Luis XI, las comunicaciones se hacian con suma dificultad: era necesario enviar comisionados particulares para remitir las cartas ó aprovechar el medio siempre inseguro de los viajeros.

—Me parece que es conveniente, dijo el señor Oger de Mota, tomar mi relacion de un poco arriba, y haceros conocer mas particularmente al papa que en este momento gobierna la Iglesia.

—A la muerte del pontífice romano, Nicolás IV, Pedro de Mouron, natural de Hernia, le habia sucedido bajo el nombre de *Celestino V*. Este era un buen cenobita, poco versado en las ciencias, fundador de ciertos monges que la celebridad de sus virtudes habia hecho llamar *Celestinos*, gentes rústicas y sin estudios como él, un hombre sencillo en fin, que no tenia conocimiento alguno del mundo. Atemorizado de los peligros de su dignidad, movido del deseo de una vida mejor, creyó no poder conservar la tiara sin esponer la

salvacion de su alma. Aflijido con esta idea, reúne los cardenales, y despues de haberles prohibido interrumpirle, les declaró solemnemente que abdicaba el soberano pontificado, y les legó al mismo tiempo el poder de elevar un príncipe de la Iglesia al trono de san Pedro.

Fácilmente concebireis, caballeros, cuál fué la sorpresa de los que oían aquel estrordinario discurso; echáronse á los pies de Celestino: suplicáronle cambiase de resolucion y de lenguaje, mas él permaneció firme en su determinacion «Queréis, dijo, que yo me obstine en conservar una dignidad que el cielo mismo me ordena abandonar? Todas las noches una voz celestial llega á mis oídos y me repite sin cesar: *Celestino, Dios te crió para la soledad, tú no eres apropósito para el ministerio conque te has cargado; apresúrate á volver á tu ermita.* Tales son los consejos que yo recibo de arriba, y estoy en la obligacion de someterme á ellos.»

Así se espresó, y abdicó en efecto el pontificado. Obedeciéronse sus órdenes, y la eleccion del sacro colegio recayó en Benito Cayetano que tomó el nombre de Bonifacio VIII, personaje mas distinguido á los ojos del mundo por el gran conocimiento de los negocios, que célebre en los fastos de la religion

por la pureza de sus costumbres: en suma, a sus intrigas se debió la abdicacion de su predecesor, porque ya pensareis que el cielo no exigió de Celestino que volviese á su retiro. Bonifacio solo se tomó este cuidado, turbando con sus artificios la razon de un espíritu simple, y aprovechándose de su credulidad. Apenas se vió sobre el trono pontifical, cuando su odio contra Felipe estalló sin consideracion alguna. La Europa entera ha resonado con las escenas escandalosas que los dos han promovido; pero yo confieso, á pesar mio, que el rey es solo el que está en su derecho, y cualquiera que sea mi adhesion al santo padre, no es bastante poderosa para hacerme injusto.

—Mi opinion, caballero, le replicó Mesalvo, es diferente de la vuestra: el pontífice romano sostiene como debe los derechos de la Iglesia, y el rey de Francia se rebela sin motivo contra él.

—Permitido será, señor, á un italiano profesar semejantes principios; pero á este lado de los Alpes no convenimos en que el santo padre pueda disponer del trono de nuestros soberanos. Al papa pertenece el cuidado de las conciencias, y ahí concluye su dominio: nuestros reyes han recibido su cetro de Dios, y á Dios solo deben dar cuenta de él.

—Yo imaginaba, replicó Mesalvo, que un templario debía estar mas sumiso á las decisiones de la iglesia.

—Creedme, señor, abandonemos toda disputa sobre este objeto. Yo soy templario sin duda, pero ante todo soy francés; Felipe es mi soberano, y el primer deber que conozco es someterme ciegamente á sus órdenes.

A este discurso todos los caballeros se apresuraron á responder: la discusion se acaloró, y hubiera podido tener consecuencias desagradables si un page no hubiera llegado á avisar que estaba servida la cena, ó como se llamaba entonces, la comida de la noche. La mesa de los templarios no estaba restringida á las leyes suntuarias (1) vigentes en aquella época: enbriase con profusion, y el desarreglo se llevaba en ella hasta el extremo.

La curiosidad de los caballeros no estaba entretanto satisfecha. Mesalvo habia interrumpido al señor Oger en su narracion; de-

(1) Entre los excesos que se atribuyen á los templarios, la disolucion en la mesa y la embriaguez estaban en primer término: asi hicieron formar el proverbio que ha llegado hasta nuestros dias; «bebe como un templario.»

seaban que continuase, y él consintió gustoso, volviendo á tomar la palabra en estos términos:

— «El papa, impaciente por someter los príncipes de Europa á su poder temporal, se aprovechó con avidez de las cuestiones que se suscitaron entre el rey Felipe por una parte, y por la otra Eduardo II, rey en Inglaterra, y el conde de Flandes. No ignorais, nobles caballeros, que estos príncipes, vasallos ambos de la corona de Francia, el primero por el ducado de Guiena, y el segundo por la Flandes, se rebelaron repetidas veces contra la autoridad legítima de su soberano. Felipe, valiente, y profundo político, no les dió tiempo de reconocerse: cayó sobre sus estados con la rapidez del rayo, venció en todas partes, y las flores de lis triunfantes coronaron las torres de sus capitales. En este estado de cosas, estos príncipes solicitaron la intervencion del pontifice, declarando que ellos ponian la causa en sus manos, y que el juicio que diese seria recibido como del mismo Dios. Esta apelacion lisonjeaba la vanidad de Bonifacio, y al mismo tiempo parecia favorecer sus proyectos de venganza. Recibida con la mas patente alegría, el primero de sus cuidados fué ordenar al obispo de Meaux fuese al encuentro del rey á intimarle diese satisfac-

eion al conde de Flandes, ó de lo contrario citarlo á los pies del trono pontifical, donde se pronunciaria su senteneia. El prelado no olvidó ninguna circunstancia de las de su comision, y viendo que el monarca solo manifestaba desprecio á sus intimaciones, creyó intimidarle declarando que el papa estaba resuelto hasta á emplear los rayos de la Iglesia para hacerse obedecer.

» Felipe, mas indignado de la audacia, que asustado de la amenaza, respondió como un gran principe que conoce toda la estension de sus derechos, que encontraba muy extraño que Bonifacio se atreviese á hablarle en semejante tono, en materias que no eran de su jurisdiccion: que él tenia su corte donde sus súbditos y sus vasallos debian ser juzgados; que en negocios temporales no reconocia mas superior que Dios, á quien solamente estaba obligado á dar cuenta de su conducta, que no podia menos de aconsejar al pontífice se ahorrara tantas inquietudes y cuidados inútiles, y que todas sus amenazas no conseguirian introducir en el imperio francés la práctica de las máximas ultramontanas.

» Despues de esta altiva respuesta, el rey continuó sus conquistas y sometió enteramente el condado de Flandes. No tardó en verse llegar á Francia un legado de un humor bas-

tante semejante al del pontífice, quien conociendo la impetuosidad de su genio, le habia tenido algun tiempo á su lado, para hacer de él el ministro de sus empresas sobre el poder secular. Este era Bernardo de Sayssset, primero abad de san Antonino, de Ferdelas, de Pamiers, y en seguida obispo de esta misma ciudad, por la eleccion de su abadia en obispado: hombre difícil, atrevido, intrigante, sin respeto ni sumision á su legitimo príncipe, enteramente decidido por el papa, que se habia elevado á la nueva silla de Pamiers, con el solo objeto de hacerse mas temible al conde de Toix, con quien tenia incesantes disputas sobre el señorío de aquella ciudad: en fin, poco agradable al rey, quien conocia demasiado su carácter inquieto y revoltoso.

» Tal era el legado que Bonifacio enviaba al rey, eleccion que fué mirada como una imprudencia ó como un insulto.

» Bernardo tenia orden no solamente de pedir al monarca se cruzase para ir de nuevo á arrancar la tierra Santa de mano de los infieles, sino tambien de intimarle poner en libertad al conde de Flandes, á quien Felipete-
nia prisionero. El cumplió la comision con toda la altanería del amo á quien representaba; mas no tardó en conocer que aquel tono

imperioso, lejos de persuadir, solo escitaba desprecio. Estonces se entregó á toda la impetuosidad de su genio atrabiliario faltando al respeto que debia á su soberano con la declaracion hecha en presencia de todo el consejo, de que no reconocia otro poder tanto en lo temporal como en lo espiritual, que el del papa. Al mismo tiempo principi6 un discurso en que trataba de probar que todos los principes de la tierra dependian del trono pontifical, cuando Felipe, á quien iba faltando la paciencia, le hizo despedir vergonzosamente de su presencia, y aun faltó poco para que, llevado á un extremo por los discursos del insolente prelado, le hubiera mandado formar proceso.

» El temor entró en el alma de Bernardo, y el prelado soberbio se humilló en fin ante su soberano, pero la venganza vino de Roma.

» Despues de inútiles conferencias, despues de haberse mutuamente irritado, el pontifice rompió é hizo declarar excomulgado al rey de Francia; prohibió á los sacerdotes franceses celebrar en su presencia el santo sacrificio; en fin, abandonó toda especie de consideracion, pero el efecto no correspondió á su esperanza.

» Un grito general se levantó en todo el

reino contra una empresa tan atrevida, y la indignacion llegó á su colmo cuando se supo que Bonifacio, en medio de su delirio, se atrevia á disponer de la corona de Francia, ofreciéndola al emperador de Alemania, y á consecuencia de su negativa, al rey de Inglaterra.

»El rey Felipe, informado de lo que pasaba en la corte de Roma, vió claramente que Bonifacio, dejándose arrebatarse á tales extremos, no merecia ya consideracion alguna. Convocó una asamblea de los estados generales del reino, que se celebró en su palacio del Louvre (1). Luis, conde de Evzeux, hermano del monarca; Gui, conde de Saint-Paul; Juan, conde de Dezeux y Guillermo de Placian, caballero y señor de Verenotte, representaron que la *república cristiana* estaba en gran peligro bajo el gobierno de Bonifacio, que se hallaba cubierto de crímenes, lo que juraron sobre los evangelios; que importaba vivamente *que el rey, como defensor de la fe, procurase abrir un concilio general, á*

(1) El Louvre, en aquella época, no estaba dentro de París: era una casa de recreo, situada cerca de un bosque que se extendia á una gran distancia.

que los prelados, como las columnas de la religion, y los nobles como los valientes de Israel, debian concurrir todos para poner el oportuno remedio.

» A este discurso cada uno respondió segun su opinion; el clero pidió desde luego el permiso de deliberar separadamente: el tercer estado y la nobleza se reunieron al soberano sin vacilar: bien pronto estuvieron todos de acuerdo y juraron sostener los derechos del monarca francés contra un pontífice soberbio arrebatado por su orgullo.

» La furia de Bonifacio se redobló al saber esta generosa resolución: cada dia hacia publicar una bula mas insensata que la primera; pero sus rayos eran impotentes al paso que el rey, mas hábil y mas diligente, pensaba en atacarle á él mismo, determinado á tratarle como á un príncipe temporal que le hacia la guerra. El habia formado el proyecto de sorprenderle, apoderarse de él, conducirle á Lyon, y hacerle deponer en un concilio general.

» Nogaret y Sesarra Colonna (1) se encar-

(1) Guillermo de Nogaret, descendiente de una antigua familia de Tolosa, que nació en San Felix de Caraman, fué profesor de de-

garon de la empresa. Ambos pasaron á Toscana con mucho dinero, y difundieron la voz de que venian á tratar la paz con el soberano pontífice. Detuviéronse en el castillo de Staggia, cerca de Sienna, comprometieron con sus prodigalidades á muchos señores de la comarca, alistaron secretamente un gran número de soldados, que la mayor parte habian

recho civil en Montpellier en 1221, y lugarteniente del senescalato de Nimes en 1224: el rey habiéndole empleado con suceso en muchos negocios importantes, le ennoblecio por cartas patentes en 1299 y le creó caballero: es célebre su nombre por el valor con que sostuvo los intereses de Felipe el Hermoso contra los atentados de Bonifacio VIII. El fué el mas firme sosten de las leyes, y se hizo tan útil en la paz como en la guerra. En 1307 fué hecho canciller y guarda sellos, y murió en 1343.

Su casa se dividió en dos ramas; la menor, establecida en Nimes, existe en nuestros dias: la mayor, de donde proceden los condes de Epernon, del nombre de Nogaret, se fijó en el Tolosano, y se subdividió en otras muchas ramas. La establecida en San Felix, se refundió por un matrimonio, en la ilustre casa

servido en el ejército del conde de Valois cuando mandaba en Italia, y les dieron la orden de dirigirse en día y hora señalados, á la ciudad de Agvania, donde á la sazón se encontraba el papa.

»Estando todo pronto para la ejecución, Nogaret y Colonna se aproximaron al mismo punto al rayar el día; encontraron las puer-

de Varidery, descendiente de los antiguos Carraras, soberanos de Padua en Italia, en los siglos XIV y XV.

Sesarra Colonna era un señor romano de una familia cuyo lustre se pierde en la noche de los tiempos: él mandaba una ciudad en Palestina, cuando Bonifacio VIII hizo ponerla sitio en 1299; y como aquella ciudad pareciese inespugnable, Guido de Montepeltro, á quien el papa consultó sobre los medios de reducirla, no encontró otro expediente que prometer á los Colonnas condiciones que no se les cumplirían. Noticioso Sesarra, después de entregar al papa la ciudad, de que lejos de llevar á efecto el tratado estipulado se pensaba en quitarle la vida, se puso en salvo por mar, pero cayó en poder de unos piratas, que le cargaron de cadenas.

Felipe el Hermoso, informado de su des-

tas abiertas, y entraron enarbolando el estandarte francés, y gritando: *Muera el Papa Bonifacio! Viva el rey de Francia!* Ellos creyeron poder dirijirse desde luego al palacio del pontífice, pero se vieron obligados á forzar antes el del marqués Cayetano, su sobrino, y los de tres ó cuatro cardenales que

gracia, hizo ponerle en libertad, y se valió de él como el hombre mas propio para servir á su venganza contra el papa. Ya sabemos cómo condujo aquella empresa.

Sesarra Colonna, establecido en Roma, despues de la muerte de Bonifacio, abrazó con furor el partido gibelino, en tanto que su hermano Esteban permaneció adicto á los guelfos. Sesarra fué hecho senador en 1328, cuando Luis de Baviera vino á Roma á tomar, á pesar del papa, la corona imperial. En la ceremonia él fué el que llevó la corona, y tuvo en seguida la parte mas activa en las tentativas que hizo Luis IV para destronar á Juan XXII, y sustituirle un antipapa; pero el 4 de agosto del mismo año, cuando Luis se vió obligado á abandonar á Roma, todos los gibelinos fueron arrojados con él, y Sesarra Colonna desterrado como los demas, murió poco despues lejos de su patria.

hicieron prisioneros, despues de haber saqueado sus casas.

»Nogaret, alarmado de esta resistencia, temió que tuviese consecuencias desagradables. Adelantóse á la plaza pública escoltado por algunos ginetes, hizo tocar la campana, reunió los principales habitantes, les declaró que su designio no tenia otro objeto que el bien de la Iglesia, y les instó á unirse á él. Los ciudadanos arrastrados por su elocuencia, ó corrompidos por su dinero, corrieron á las armas, y bajo el mando de Arnulfo, uno de los primeros barones romanos, y mortal enemigo del papa, se dirijieron á Pitras al palacio en union de Colonna.

»Bonifacio, sorprendido por una seguridad presuntuosa ó en castigo de sus grandes pecados, abandonado de una parte de los oficiales de su casa, vendido por sus conciudadanos, olvidó su natural altivez, y se abatió hasta pedir una tregua que solo se le concedió por algunas horas, tiempo que empleó en interesar al pueblo de Aguania en su favor; pero todas sus promesas no pudieron conmover á un populacho animado por su gefe, y seducido por el cebo de un considerable botin. Entonces envió á rogar á Sesarra le dijese por escrito lo que deseaba de él. El altanero italiano, demasiado sensible al placer de la ven-

ganza, le hizo decir que no le concedía la vida sino con dos condiciones: la primera que restablecería á los dos cardenales Colonna; la segunda que renunciaría el pontificado.

»Consternado con semejante petición, el pontífice arrojó un profundo suspiro y exclamó: «Ah! cuán dura es esa proposición!» Esto fué todo lo que la cólera y la indignacion le permitieron responder. Su corazón estaba tan comprimido, que por algun tiempo pareció haber perdido el uso de la palabra; pero repentinamente como dominándose á sí mismo, y recobrando aquella altivez de alma que jamás le habia abandonado:

«Puesto que estoy vendido como el Salvador del mundo, dijo, y entregado indignamente en manos de mis enemigos para que me den la muerte, á lo menos moriré como papa.» Al momento hizo poner sobre sus hombros el manto de san Pedro, en su cabeza la tiara, á la que habia añadido una segunda corona para significar el poder temporal, y teniendo en sus manos la cruz y las llaves, se sentó gravemente en su trono.

»Concluida la tregua, el ataque volvió á principiar con mas furor que nunca: la catedral de Aguania formaba una especie de muralla, que servia de defensa al palacio, y Sessarra haciéndola poner fuego, se abrió pasa

por medio de las llamas.

»El marqués Cayetano, reducido á las solas fuerzas de su casa, se convenció en que una resistencia mas larga no podia dejar de ser peligrosa. Capituló, pues, y se rindió prisionero con sus hijos y sus criados, sin otra condicion que salvar las vidas. Las puertas del palacio fueron derribadas, y los tesoros de Bonifacio quedaron espuestos á la codicia de una soldadesca desenfrenada.

»En vano Nogaret quiso emplear solicitudes, ruegos y amenazas, para impedir la violencia y el saqueo. Su voz no fué escuchada; robáronse los cofres del pontifice y su tesorería, apoderándose de tanto dinero, pedrerías y muebles preciosos, que todos los reyes del mundo reuniendo todas sus riquezas no babrian podido suministrar en un año lo que se tomó en un dia en el palacio del papa, en el del marqués su sobrino, y en las casas de los cardenales que habian sido hechos prisioneros por la mañana.

»Bonifacio, encerrado siempre en su aposento, esperaba con valor la suerte que se le destinaba; pero instruido de que sus riquezas habian sido presa de los soldados, volvió á caer en su primer abatimiento, y esta noticia unida al peligro que le amenázaba, le hizo llorar amargamente.

»Ya á este tiempo se rompián las puertas y ventanas de la sala adonde se habia retirado; entonces vuelve en sí, reúne toda su firmeza, enjuga sus lágrimas, y permanece sobre su trono en la actitud mas magestuosa.

»Nogaret se aproxima respetuosamente, le hace saber el procedimiento ejecutado en Francia, y la acusacion formada contra él: le protesta que no atenta á su vida, que solo pretende impedir que se escite un escándalo en la iglesia, sobre todo contra el rey y el reino de Francia: que en consecuencia, le destina una guardia, no para insultarle, sino para la defensa de la fé y el interés de la Iglesia, y le intima, en fin, se presente al concilio general que debe convocarse para oír allí el juicio que se pronuncie contra él.

»Yo me consolaré fácilmente, replicó con frialdad el pontifice, de verme condenar por patarines» (Sin duda sabreis que este era el nombre que se daba á los hereges albigeneses).

»El desgraciado Nogaret sintió toda la fuerza de esta palabra, que le recordaba el suplicio de su abuelo quemado vivo, como uno de los fautores de esta secta. Turbóse, y su silencio descubrió la vergüenza que sufría. Entonces Sesarra, que no tenia la moderacion ni la

prudencia de Nogaret, preguntó bruscamente al pontífice, si no quería ceder la tiara.

«No, dijo, antes perderé la vida: aquí está mi pecho, aquí está mi cabeza; pero á lo menos moriré sobre el trono á que Dios me ha elevado.» En seguida hizo sangrientas reconvencciones al caballero francés, á quien miraba como el autor de su desgracia y se arrebató furiosamente contra el rey Felipe, al que maldijo hasta la cuarta generacion.

»Colonna, hombre violento, no pudo oírle proferir aquellas maldiciones sin enfurecerse; llenole de groseras injurias, y hasta se atrevió á darle una bofetada, y acaso le hubicra muerto si Nogaret no lo hubiese impedido diciendo: «Tú, miserable papa, mira y respeta la bondad del rey de Francia mi señor, tan diferente de tí, que por mi medio te guarda y te defiende de tus enemigos, así como sus predecesores han defendido siempre á los tuyos.

»El generoso francés, no contento con haberle sustraído á los golpes del vengativo italiano, le tomó y á sus sobrinos bajo la protección particular, confiándole á la guardia de un capitan florentino, á quien mandó le tratase con todas las consideraciones que exigía su dignidad, la primera del mundo; pero fué mal obedecido. Bonifacio, temiendo ser enve-

nenado, rehusó todo alimento, y Renato de Supino, este era el nombre del capitán, no trató de tranquilizarle; acaso abría muerto de necesidad, si una pobre mujer no le hubiese dado un poco de pan y cuatro huevos, con lo que vivió tres días.

» Tal era el extremo á que Bonifacio se hallaba reducido, cuando los habitantes de Aguania movidos de compasión, de vergüenza y arrepentimiento, se reunieron tumultuariamente, tomaron las armas en número de diez mil, y corrieron á la habitacion en que el pontífice estaba retenido como prisionero, gritando que á ellos pertenecía la guardia de su conciudadano y no á unos extranjeros. Todo el que se atrevió á resistirles fué pasado á cuchillo, y los franceses puestos en fuga con los gefes. La revolucion fué tan súbita, y tan grande la confusion, que ni aun se tuvo tiempo para salvar la bandera de Francia que se habia enarbolado sobre el palacio. El papa puesto en libertad por la victoria de sus compatriotas, se hizo llevar á la plaza pública, donde arengó al pueblo de la manera mas patética: refirió que sus enemigos habian venido á atacarle, le habian robado todos los bienes, dejándole mas pobre que Job; que habia estado tres días sin comer, que ni tenia pan para satisfacer su hambre,

ni vino ni agua para apaciguar su sed; que si alguna buena mujer le ayudaba con sus limosnas, él le daría la bendición del cielo y la suya, que todos aquellos en fin que le trajesen alguna cosa, recibirían la absolución de todos sus pecados.

» Este discurso se resentía un poco del desórden de su situación, sin embargo, produjo efecto y arrancó lágrimas á todos los circunstantes. El populacho gritó *viva el santo padre!* apresuráronse á traerle refrescos, y á recibir su bendición. entonces perdonó á todos los que habían tomado las armas contra él; esceptuando solamente á los sacrílegos que habían robado el tesoro de la Iglesia: declaró también que en obsequio de la paz, é imitando al Salvador del mundo, olvidaba los ultrajes recibidos de Nogaret y Colonna, y aun los descargaba de la ex-comunion.

» Después de este discurso que hacía concebir las más lisonjeras esperanzas para el porvenir, volvió á entrar en su palacio; pero el día siguiente no tenía ya las mismas resoluciones. Abandonó á Aguania, y marchó á Roma fuertemente escoltado, y jurando castigar de una manera solemne al monarca francés de quien tenía tantas quejas.

— « Hé aquí, caballeros, dijo Oger de Motta terminando su discurso, todo lo que

yo puedo deciros sobre la posicion respectiva de Bonifacio y de Felipe. Las últimas noticias de que os he hablado han llegado á París la víspera de mi partida, y se esperaba algun nuevo golpe de escándalo de parte del pontífice.»

—Veo con sentimiento, dijo el señor de Mesalvo, que el rey de Francia haya podido tolerar la conducta impía que sus emisarios han observado con el sucesor de San Pedro.

—Y no os admira mas, replicó Oger, la injusta cuestion suscitada por Bonifacio?

—Caballero, dijo Mesalvo con altivez, nuestro deber es, como religiosos del Temple, recibir con sumision las decisiones emanadas del Vaticano.

—Vos, señor, me concedereis, no obstante, que como súbditos del rey le debemos la primera obediencia.

—Señor Oger, se puede tener diferente opinion de la vuestra.

—No señor, cuando se trata de un principio verdadero.

Esta proposicion hubiera podido ser contestada, pero el señor de Mesalvo se contentó con sonreirse irónicamente, y cambió repentinamente de conversacion

La noche entre tanto se pasaba: la tempestad que habia aparecido en el horizonte se habia extendido considerablemente y cubria toda la atmosfera; el trueno rugia con violencia, y lividos relámpagos brillando de tiempo en tiempo, aumentaban el espanto. Los caballeros continuaban su festin: inmensos vasos, llenos de esquisitos vinos, circulaban por la mesa. Las copas se encontraban tan pronto vacias como llenas, cuando un ruido confuso se hizo oir á la puerta de la sala, como procedente de gentes que disputaban. Mesalvo, á quien quedaba apenas una sombra de razon,

mandó á un page fuese á inquirir el motivo de aquel tumulto. «Señor, le dijeron, se observa un acontecimiento inconcebible; la campana de la capilla, que se toca todos los dias para invitar á los fieles á la oracion y á asistir á misa, hace algunos momentos que está sonando; se ha visto tambien al través de las vidrieras, una gran claridad por dos veces en el interior de la capilla. Todo el castillo está en consternacion, y los gefes apenas pueden hacer conservar sus puestos á los soldados, á consecuencia del terror que se ha apoderado de todos.»

A este discurso, Mesalvo se abandona á la mas inmoderada alegría. Caballeros, dijo, el espíritu que desde esta tarde se ha apoderado de esta morada, vuelve á principiarsus habilidades, y parece que para ello ha elegido la capilla. ¿Queréis seguirme? Vamos á cogerle *in fraganti*.

Los unos rieron á carcajadas: otros, en gran número, llenos de las ideas supersticiosas que reinaban en aquellos tiempos, disimulaban mal su inquietud: todos salen dándose las manos, y con la cabeza mas que medianamente turbada por las numerosas libaciones que acababan de hacer. Los pages, los soldados se oprimian al paso de los templarios, pero ninguno se hubiera atrevido á

precederlos.

Atraviesan los patios, llegan á la puerta exterior del lugar santo.... Acababa de abrirse!.... Pero un prodigio mas extraordinario iba á ofrecerse á sus miradas... Al través de las verjas que separaban el santuario de la nave, se dejaba ver un sacerdote de elevada estatura revestido de los ornamentos necesarios á la celebracion de los santos misterios, cuando la iglesia ruega por los muertos, que de pie en la primera grada del altar parecia que solo esperaba para principiar el oficio, la llegada de los asistentes.

Apenas los oyó, cuando con voz grave y solemne exclamó por tres veces: «¿No hay aqui algun alma pura, que pueda venir á ayudarme á ofrecer el santo sacrificio de la misa?»

—Aquí estamos nosotros, contestó Mesalvo, sin dejar las manos de sus compañeros de disolucion; pero en el instante que quiso conmover la puerta de hierro que los separaba del misterioso personaje, sintió una conmocion sobrenatural que le atacó en todos sus miembros, como tambien á los que le daban la mano, y les hizo caer sobre el mármol. A este espectáculo los criados horrorizados retrocedieron; las caballeros quedando inmóviles y dominados de un estremado terror de-

blando las rodillas, y casi á pesar suyo dirigieron al cielo fervientes súplicas.

Al mismo tiempo un religioso benedictino se presentó en el coro como si saliese de detrás de alguna columna; se acercó al sacerdote y la misa principió. Jamás se habrá oído otra con mas recogimiento: al concluirse dijo el celebrante en alta voz: «Habitantes de este castillo, rogad á Dios por el alma de la muy ilustre Ethelmunda, condesa d'Armagnac.» Apagarónse las luces, los sacerdotes desaparecieron y los caballeros se retiraron en un profundo silencio.

Mesalvo, mas asombrado que los demas, se entregaba á crueles reflexiones. Oger de Mota, Pedro de Escalguens y algunos otros le sacaron de su distraccion. «¿Qué pensais, señor, le dijo el primer templario, de lo que nuestros ojos acaban de ver y nuestros oidos de oir?»

— Tales fenómenos, contestó Mesalvo, se separan tanto de las reglas de la vida comun, que es necesario negarse á creer en semejantes casos, hasta la misma evidencia.

— Seria cierto, sin embargo, dijo d'Escalguens, que la condesa Ethelmunda haya muerto? En ese caso cuán grande debe ser el do-

for de nuestro gran prior de Tolosa, unido con el conde d' Armagnac con tan antiguos lazos! Sin duda que este funesto acontecimiento (si no es un prestigio que nos ha engañado) no debe haber llegado aun á su conocimiento.

—Quiera Dios, dijo Mesalvo, que nuestros espíritus hayan sido engañados por una fatal ilusion! ¿Seria posible que madama Ethelmunda hubiese descendido al sepulcro y que su imprevista muerte nos fuese anunciada por una vision celestial? No, templarios, yo no puedo ni quiero creerlo; y si ha de seguirse mi opinion, echemos un velo eterno sobre lo que ha sucedido en esta terrible noche.

—¿Pensais en lo que decís, señor? replicó Oger. ¿No os acordais que hemos tenido por testigos la guarnicion, los criados, y todas las gentes de la casa? ¿seria facil cerrar tantas bocas? Convenceos, al contrario, de que esta fatal noticia se divulgará en la comarca y acaso antes de la noche próxima se hablará de ello en Tolosa con espanto.

Todos aprobaron la opinion del señor de Mota, persuadidos de la inutilidad del misterio, y fueron, cuando ya brillaba la aurora, á buscar un reposo que las apariciones de la noche les habian rehusado.

La mas completa desolacion reinaba en el aposento del conserje del castillo. Acompañado de la anciana Marcelina, habia seguido á los templarios á la capilla: como el os habia oido al sacerdote pedir oraciones por la noble Ethelmunda, y ninguno de los dos ponía en duda su dolorosa pérdida.

—Gran san Cipriano! mi venerado patron, decia Marcelina derramando un torrente de lágrimas, ya no volveremos á ver aquella hermosura, que era un ángel sobre la tierra! Ay de mí! acaso tambien nuestro hijo haya espirado lejos de nosotros, porque desde que marchó con el señor de Lévis no hemos vuelto á saber de él.

—Buena ocasion, interrumpió Jacobo, de ocuparse de un muchacho que sin duda estará mejor que nosotros. Ah! Marcelina; lloremos mas bien á nuestra buena señora; porque yo no puedo pensar que este castillo no sea ya de su propiedad. Gerardo ha recibido de la naturaleza una escelente salud, de nosotros el temor de Dios; ¿qué mas puede pedir? No sabemos de él, es verdad, pero la razon es muy sencilla: él no sabe escribir, porque nunca fué inclinado á aprender las ciencias; pero note inquietes un momento por él; tengo un presentimiento de que muy pronto has de verle. Ojalá pudiera pensar lo

mismo de la vuelta de madama Ethelmunda.

—Jacobo, no se vuelve del viaje que ella ha emprendido: sin embargo, no crees tú que es su espíritu el que se ha visto esta noche? Bien te lo decia yo: tan grandes acontecimientos no suceden sino por cosas muy importantes.

El dia siguiente de esta conversacion, Jacobo, siempre ocupado del recuerdo de sus señores, quiso recorrer los aposentos del castillo, y examinar cuidadosamente el torreón y la campana, cuyo sonido se habia oido la víspera con circunstancias tan extraordinarias.

Jacobo conocia en esta vasta morada una multitud de pasadizos secretos, cuya existencia no habia querido manifestar á los templarios cuando habian comprado el castillo á los soberanos d' Armagnac. Luego que pudo salir sin despertar las sospechas de Marcelina, se apresuró á dar principio á su gestion. Por de pronto dirigió sus pasos hácia las torres; pero nada encontró que le pareciese digno de observacion.

La campana parecia no haberse movido: el pavimento, cubierto de polvo, no presentaba en parte alguna la impresion de huella humana: un profundo silencio reinaba en to-

das partes, y la curiosidad de Jacobo no se veia de modo alguno satisfecha. Entonces dirigió sus pesquisas á otro punto; él sabia que en un ángulo del edificio, contiguo á dos torres, habia un pequeño aposento oculto á los ojos de todos, y en el que no se podia penetrar sino por los subterráneos que se extendian hasta la campiña, ó por una puerta que encubria un inmenso cuadro, representando un antiguo conde d' Armagnac, armado de todas armas. Aquí fué adonde él se dirigió, y tocando el marco del retrato de cierta manera le hizo girar sobre los goznes en que estaba colocado. Atravesó la abertura, y se adelantó por un corredor muy oscuro hasta la puerta de la primera pieza: abrióla, y en el mismo momento vió...

Despues de mas de dos horas pasadas en este recinto misterioso, Jacobo volvió á salir con un aire entre risueño y melancólico: hablaba consigo mismo, se frotaba las manos, y se chanceaba hasta con la buena Marcelina, que no pudiendo volver de su sorpresa por semejante conducta, la tachaba de estravagancia y de egoismo: reconveniale con amargura no sentir como debia la pérdida de la condesa Ethelmunda, y la ausencia demasiado prolongada de su hijo Gerardo.

Luego que el caballero Mesalvo se levantó,

su primer cuidado fue mandar que le siguiesen á la capilla del castillo, enviando en seguida al convento inmediato, que seguia la regla de san Benito, por algunos religiosos que conjurasen las potencias invisibles que se hubiesen apoderado de aquel templo consagrado á san Exuperio, obispo de Tolosa.

Los sacerdotes de la órden no se encontraban entonces en el castillo de Mongiscard, y tambien se les mandó llamar.

Cuando vinieron los reverendos benedictinos, concurrieron todos á la capilla: asegurados con su presencia, y con la claridad del dia, los soldados y los demas circunstantes esperaban con ansiedad el resultado de las pesquisas que iban á hacerse: nada se observó de extraordinario en la nave: tratóse de penetrar en el coro, pero en aquel instante el recuerdo de la conmocion esperimentada la víspera por los caballeros que habian querido mover la verja, detuvo á los mas atrevidos. Uno de los monjes se decidió á llevar la mano á ella, y su empresa fué coronada de un feliz suceso. La puerta cedió y se abrió con suma facilidad, lo que aumentó mucho mas la sorpresa: tan persuadidos estaban aun de encontrar una resistencia sobrenatural.

Pero en el coro, como en la nave, nada se encontró. El altar estaba cubierto, los orna-

mentos sacerdotales se encontraban en su lugar en la sacristia; no pudo percibirse, por diligencias que se hicieron, la entrada que se podia sospechar hubiesen aprovechado los que habian celebrado nocturnamente el santo sacrificio. Todo lo que se vió fueron algunos sepulcros de antiguos religiosos, capellanes de los condes d' Armagnac, y muertos en el servicio de aquella antigua casa; hallábanse enterrados á los pies de los suntuosos mausoleos de los que habian sido sus señores.

Entre los que en aquel momento se encontraban en la iglesia, ninguno dudó que hubiesen sido dos de los sacerdotes muertos hacia más de un siglo, los que aquella misma noche habian orado por la condesa Ethelmunda.

Despues de haber hecho las ceremonias acostumbradas en semejantes casos, los benedictinos se volvieron á su monasterio. Observóse entre los soldados que uno de estos padres venerables hablaba largamente con el viejo Jacobo, y que este obtuvo de él antes de separarse una bendicion particular.

El resto del dia se pasó sin acontecimientos notables. Los caballeros partieron casi todos para Carcasona, adonde los llamaba el servicio de su órden.

Solos quedaron en el castillo de Montgiscard el señor Oger de Mota, el fogoso Enrique de Rabas, el novicio Luis de Aurival, y el caballero de Mesalvo, con quien haremos muy pronto un conocimiento mas amplio. El habria querido alejar tambien al templario Oger de Mota; pero siendo este amigo particular de Jacobo de Molay, gran maestre de la órden, se le tenian mas consideraciones que á ningun otro.

Oger era de un carácter frio, poco entusiasta y mas instruido de lo que era entonces el comun de la nobleza; su valor era citado como modelo. Se hablaba de sus poesias amorosas; pero se acusaba á su corazon de una indiferencia que las mujeres, sobre todo, no le perdonaban: no se le habia conocido en tiempo alguno una intriga amorosa, ninguna señorita podia lisonjearse de haberle tenido en el número de sus adoradores. Esta frialdad, cuya causa se ignoraba y la gravedad que constantemente se notaba en su semblante, abrian un vasto campo á las conjeturas. Cada uno formaba sobre la vida del señor Mota una historia, desmentida por lo que en el mismo instante referia un segundo interlocutor; pero en todo lo que se podia decir la verdad, era lo que menos se encontraba. Acaso un dia sabremos nosotros mas, y el se-

ñor Oger, hasta entonces tan reservado, dirá
él mismo lo que ha ocultado con tanta perse-
verancia.



IV.

Largo se hacia el día al templario Mesalvo, sintiendo que la noche no viniese á reemplazarle al grado de sus deseos, puesto que en aquel momento debia traérsele una noticia á la que fijaba la mas alta importancia: su impaciencia fué en fin satisfecha; la noche fué elevándose sobre los cielos, y bien pronto tendió sus sombras sobre las altas torres de Montgiscard.

A cosa de las ocho se oyó llamar al puente levadizo que acababa de cerrarse, y preguntar por el caballero Mesalvo. Dirigióse él mismo á la puerta de la fortaleza y mandó se introdujese á los hombres de armas que se

presentaban. A medida que desfilaban bajo las sombrías bóvedas, todos tenían gran cuidado de examinarlos.

Marcelina observó que un caballero llevaba á la grupa una persona enteramente envuelta en un manto, que no permitia reconocer sus formas, y aun la pareció haber oido un gemido sordo. Ella trataba de asegurarse mejor del caso, pero cuando el grupo hubo llegado al último patio, se mandó retirar á todas las gentes del castillo, y se cerró cuidadosamente la puerta.

Marcelina volvió á su habitacion, y se apresuró á participar este incidente á Jacobo. Este no pareció admirarse mucho. Lejos de hacer preguntas, como tenia de costumbre, se contentó con menear la cabeza y salió al momento llevando en una cesta provisiones que habia ido á buscar á la aldea inmediata.

Esta conducta sorprendió á Marcelina, y se propuso pedir á su marido á la vuelta la esplicacion de ella: entre tanto se puso de rodillas á rezar devotamente sus devociones.

Los caballeros que habian venido al castillo acompañaban á una jóven de la mas perfecta belleza. Luego que la pusieron en poder de Mesalvo y de Marchesi, su escudero y digno confidente, se apresuraron á partir sin haber

ni aun dado pienso á los caballos.

La desgraciada desconocida estaba en un estado bien propio á inspirar compasion á cualquiera otro que á sus perseguidores. Torrentes de lágrimas corrian por las mejillas ajadas por el dolor. Sus negros y hermosos cabellos irregularmente rizados, cubrian una parte de su rostro: toda su persona, en fin, ofrecia la reunion de los padecimientos y la desesperacion.

—Ya os tengo en mi poder, la dijo con tono apasionado el señor de Mesaivo, á vos que rechazábais mi amor, que me tratábais con tan estremado desprecio: ahora os toca implorar mi piedad. ¿Y por qué, hermosa Ombelina, os habeis obstinado en desechar la oferta de mi corazon? ¿Por qué habeis querido obligarme á emplear la violencia para poseeros? Cruel! cuánto mas dulce hubiera sido para mí no deber sino á vos misma la fecilidad que bien pronto voy á disfrutar!

—Yo pensaba, replicó aquella, que Mesaivo tendria bastante delicadeza para no unir á los crímenes, de que sin duda está manchado, el de hablarme de su odiosa ternura. ¿Es posible que de este modo franquee las barreras mas imponentes? ¿Y cree, porque me ha arrebatado al Señor, que su perfidia le merezca mi amor? Sacrilego caballero, autor de

todos mis males, tú que me has sumergido en el abismo, ¿por qué no has respetado el santo velo colocado sobre mi cabeza? Tiembla! Tarde ó temprano la venganza celestial herirá tu culpable frente, y no siempre te gozarás en la impunidad!

—Bella Ombelina, vuestro rigor no consigue sino inflamarme mas: el cielo, creed á mi esperiencia, se ocupa muy poco de las cosas de aqui abajo: en tanto que estés en estas murallas, donde yo mando, en tanto que subsista la órden del Temple, ningun poder me privará de vuestros encantos; pero olvido que acabais de hacer una larga jornada. Vuestro delicado cuerpo debetener necesidad de alimento y de descanso: voy á ocuparme en proporcionaros uno y otro.

Mesaivo salió al decir esto, y envió á Marchesi á buscar á la buena Marcelina. Esta, muy sorprendida de verse llamada por el templario gobernador de la fortaleza de Montgiscard, se apresuró á ponerse á sus órdenes, deseosa ademas de conocer el motivo. Luego que se presentó delante de Mesaivo, le hizo una reverencia de las mas humildes, y por un asombroso milagro, esperó en silencio lo que le tenia que decir.

—Vasalla, le gritó el caballero, ha llegado una dama á esta fortaleza, á la que vais á con-

sagrar vuestros servicios. Infeliz de vos si os atreveis á preguntarla sobre sus aventuras! Obedecedla en todo cuanto os pida, escepto si os ruega facilitarle medios de escribir ó ayudarla á franquear estas murallas: vuestra vida, la de vuestro esposo, y aun la de vuestro hijo, me responderán de la mas ligera indiscrecion.

—No es necesario tanto, señor, para hacerme discreta y prudente, yo sé que una pobre mujer debe obediencia á los que la dan el pan; y por san Cipriano, mi venerado patron, os juró monseñor, que no tendreis que reconvenerme.

—Siendo asi, dijo el templario, id á buscar al despensero, que os dé provisiones, que elija lo mejor que haya, y volved con prontitud.

Marchesi habia de antemano ejecutado una parte de las órdenes de Mesalvo: así Marcelina no tuvo que hacer mas que llenar su cesta, y volvió al encuentro del caballero, que marchando delante de ella, abrió la sala que encerraba á Ombelina.

Esta interesante jóven acababa de dejar el gran manto con que la habian disfrazado, y parecia á la vista de la sorprendida Marcelina, en sus hábitos de novicia hospitalaria.

—Señora, la dijo Mesalvo, seguid á esta mujer que vá á conducirnos á vuestro aposento.

Sin responder al caballero, Ombelina se apresuró á alejarse, y acompañada de su guia, atravesaron largos corredores é inmensas galerías adornadas de estatuas de piedra, que representaban héroes del tiempo de Carlomagno.

Marcelina disimulaba con dificultad el temor que experimentaba, y la taciturnidad de su compañera no era muy propia para inspirarla valor. Al pasar un vasto salon, que en otro tiempo servia de sala de audiencia, Marcelina, que iba delante, creyó ver deslizarse por detras de una de las macizas columnas que sostenian la boveda, una figura vestida de blanco, quedóse inmóvil, y asiendo con fuerza el brazo de su compañera: «No veis nada?» exclamó.

A esta interpelacion, Ombelina se estremeció.

—Qué tenéis, buena muger? la dijo.

—Que mi santo patron nos proteja! Si mis ojos no me han engañado, he entrevisto una forma sobrenatural. Ay de mi! debíamos esperar que los espíritus que vinieron á anunciarnos la muerte de nuestra antigua señora, tardarian mucho en volver?

—Me explicareis, dijo Ombelina, lo que quereis decir con esto?

—Ay! noble señora, con mucho gusto: no se me ha prohibido hablaros de una cosa tan terrible. Entonces, colocando su lámpara sobre una balaustrada de cobre dorado, que rodeaba el lugar en que antiguamente estaba el trono, principió á referir los acontecimientos que el lector ha encontrado en las primeras páginas de esta verídica historia.

Ombelina no se cansaba de escuchar una relacion semejante; su alma se mostraba vivamente afectada, y lejos de oponer incrédulas reflexiones á las fábulas que Marcelina añadía, á pesar suyo, á una aventura tan interesante por sí sola, multiplicaba sus exclamaciones, y parecia sumergida en un asombro indefinible.

—Si, noble señora, exclamaba Marcelina, tan cierto como la pasion de nuestro Señor, nosotros hemos visto la iglesia iluminarse por sí misma; caer despues un rayo que derribó al señor de Mesalvo y los caballeros que le habian seguido: luego se llenó el coro de la iglesia de los príncipes d' Armagnac que salian de sus sepulcros; una música lúgubre se oyó á poco, y mas de cien sacerdotes aparecidos de entre los muertos, han cantado la misa destinada á los difuntos.

En este punto de la narracion, un ligero ruido que se oyó cerca de la balaustrada, atrajo las miradas de Marcelina. Cómo imaginar el exceso de su espanto, cuando levantando los ojos distinguió cerca de sí al religioso que habia oficiado aquella misa solemne, y cuya figura habia quedado tan impresa en su memoria!

Arrojando un lamentable grito y dejándose caer al suelo, Marcelina arrastró en su caída á Ombelina, que compartia vivamente su terror: al caer derribó tambien la lámpara, y se encontraron en una completa oscuridad.

Facil es pensar cuántas veces se santiguaria la mujer del viejo Jacobo, y cuántas llamaria en su auxilio á su venerado patron san Cipriano ella aturdia la sala con sus gritos, porque el terror no la habia enmudecido.

En cuanto á Ombelina, como nada habia visto, no experimentaba otro temor que el que le comunicaba su débil compañera.

Hacia algun tiempo que se hallaba en este estado, cuando se advirtió una luz por la galería que precedia á la pieza en que estaban. En seguida un ruido de pasos que resonaban bajo aquellas bóvedas sonoras, les anunció que alguno venia en su socorro: por último, distinguieron al anciano Jacobo con una antorcha de resina en una mano, y en la otra

una cesta y un manajo de llaves. Habiendo reconocido la voz de Marcelina, corrió hacia ella y no fué poca su sorpresa al verla tendida sobre el mármol, y acompañada de una jóven á quien no conocia.

—Y bien! Marcelina, qué haceis aquí? estais herida? vuestros gritos se oyen en la grande escalera de piedra: yo he creído (bien lo sabe Dios) que algun asesino os perseguia en los rodeos de estos vastos aposentos.

—Sin duda, dijo Marcelina, no hubiera sido mi susto tan grande; huyendo, pidiendo socorro se puede evitar el puñal de un asesino; pero ¿qué recursos nos quedaba contra el fantasma que acabamos de ver?

—No os dá vergüenza, Marcelina, de hablar de ese modo? Podeis usar semejante lenguaje delante de esta señora? Y con qué objeto queriais que os siguiese un espectro? Qué teneis vos que ver con ellos? Desde cuándo en fin se verifican esas apariciones?

—En verdad, Jacobo, vuestros discursos me hacen dudar de vuestro buen juicio. Habeis olvidado los prodigios de que hemos sido testigos la noche anterior? No eran bastante extraordinarios? y teniamos necesidad de ver mas para tener miedo todo el resto de nuestra vida? Qué diriais si yo os asegurase

que en este mismo momento, en el mismo sitio en que estais, acabo de ver tan bien como os veo á vos, al religioso difunto que cantó la misa delante de nuestros caballeros?

—Vamos, Marcelina, confesad que el pavor os ha engañado en esta ocasion.

—Vos, Jacobo, no me pareceis ya el mismo desde esta mañana: no me hablábais con esa seguridad anteanoche cuando la campana de la vela se tocó por sí misma, y cuando los arqueros de la guardia se atemorizaron como nosotros, aunque son militares: diriase (Dios me perdone) que sabeis algo mas de lo que quereis decir. En todo caso, si los muertos os han declarado el secreto de sus intenciones, no está bien en vos el hacer un misterio conmigo: mi discrecion es bien conocida, y á Dios gracias, jamás he dicho yo que nos hayamos encontrado un cadáver...

—¡Callareis, desventurada! la interrumpió su marido; ¿deseariais descender á los subterráneos de la torre de San Juan?

—¡El gran san Cipriano me preserve! No tendríais necesidad de semejante amenaza para tener mi boca cerrada hasta mañana.

—¿Adónde ibais? porque sin duda lo habeis olvidado; ¿no advertis que esta señora está aterida y que tiene necesidad de un aire mas caliente que el que se respira en esos

húmedos salones?

—Ibamos á la habitacion de la cámara sangrienta. Tranquilizaos, señora, continuó Marcelina dirigiéndose á Ombelina, si doy ese nombre al aposento que os está destinado en este castillo; cada uno tiene el suyo, y si el que vais á ocupar tiene un titulo tan lúgubre, es porque ha sido testigo....

—Quereis decir, la interrumpió Jacobo, porque la colgadura es de damasco encarnado? ¿qué otro disparate ibais á ensartar?— Permittedme, señora, acompañaros; yo daré valor á Marcelina, y acaso os seré de alguna utilidad.

Dichas estas palabras, Jacobo echó á andar seguido de su mujer y de la silenciosa Ombelina. Cada espresion que oía esta aumentaba su espanto, y no podia acomodarse á la idea de habitar sola en un aposento del que se acababa de hablar en unos términos tan poco satisfactorios. Antes de llegar á él, la vieja pareja, examinando con mas atencion á la jóven hospitalaria, reconocieron un traje que siempre les habia inspirado la mas alta veneracion; pero no podian concebir por qué motivo una religiosa del convento de Barriage se encontraba en aquel momento en el castillo de Montgiscard. Marcelina, sobre todo, bien hubiera querido interrogarla, pero

el recuerdo de las amenazas del señor de Mesalvo, y mas aun, el pensamiento de los subterráneos de la torre de san Juan, la inspiraban prudencia.

Llegados ya á la puerta de la cámara sangrienta, Jacobo la abrió y entró el primero con su lámpara en la mano, yendo en seguida á colocarla en una mesa de mármol negro sobre una armadura de madera ricamente dorada.

Ombelina le siguió estremeciéndose: dirigió una penosa ojeada sobre su nueva habitacion, pero no pudo admirar ni su vasta estension, ni los ornamentos y grandes retratos de los señores d' Armagnac con que estaba adornada.

En uno de sus ángulos se elevaba una magnífica cama, cuyas cortinas eran de terciopelo bordado en plata: aunque hacia largo tiempo que no habia servido, tenia sin embargo todas las ropas. Jacobo mandó á Marcelina quitarlas, é ir á buscar otras en el guardarropa.

La conserja un poco asegurada con la presencia de su marido, se dispuso á ejecutar la orden que acababa de recibir: separó los pesados cobertores, tiró de las sábanas é iba á doblarlas, cuando advirtió que estaban manchadas en muchos parages de una sangre ne-

gra y espesa: á aquella vista no pudo contener una exclamacion de espanto, que atrajo la atencion de Jacobo y de la hospitalaria. Esta, sobre todo, arrastrada por su impaciencia, se adelantó precipitadamente, y antes que Marcelina hubiese podido ocultar las sangrientas señales, que la hicieron estremecer de nuevo: «Oh! Dios mio, exclamó, á qué horrible lugar me han traido!»

—Jacobo, dijo Marcelina, con un tono afectuoso, tranquiliza á esta santa señora, dila que hace mas de tres meses, que se cometió aquí un homicidio, y que habiendo sido sepultado el cadáver en tierra sagrada, nada tiene que reclamar de los vivos.

—Buena necesidad tenia yo, replicó el anciano irritado, de que tú vinieses precisamente á decir lo que se debía ocultar! No conoces indiscreta, que todo lo que yo pudiese decir ahora á esta señora, no podrá borrar la memoria de las palabras que tú acabas de pronunciar? Es cierto, prosiguió dirigiéndose á Ombelina, que un desgraciado pereció aquí; pero fué en cierto modo culpa suya. El habia ofendido segun dicen, al señor de Mesalvo, y cuando estuvo en su poder, lejos de apaciguarse por su sumision, le insultó de tal manera, que el caballero poco sufrido por otra parte, le introdujo su puñal en un costado y

lo dejó muerto, según dicen también, porque nada de todo esto ha sido bien conocido, y yo no hablo sino de oídas.

Ombelina sepultada en profundas reflexiones, ocupada a temás de un pavor que no podía dominar, no respondió al discurso de Jacobo: contentóse con arrojar un suspiro, y se sentó en una silla que encontró junto á la mesa de mármol.

Durante este tiempo, Marcelina, habiendo recobrado valor, habia salido á buscar sábanas limpias, en tanto que su esposo ostentaba las provisiones de que el vil Marchesi habia compuesto la cena de Ombelina. Esta siempre ocupada de sus desgracias presentes, llevó maquinalmente su mano hacia un tabali, que estaba como arrojado en la mesa y colgando parte de él. Un confuso recuerdo hiere de repente su imaginación: precipita su movimiento, ase con prontitud el tabali y viene hácia ella una espada cuyo puño en forma de cruz estaba adornado de muchos rubies.

A esta vista arrojó un siniestro grito y cayó al suelo desmayada. Jacobo se volvió aterrado, corrió á la triste hospitalaria y tomándola en sus brazos trató de llevarla á la cama, donde la recostó, haciendo en seguida todos sus esfuerzos para volverla á la vida.

Poco á poco Ombelina pareció menos oprimida, volvió en fin en sí, y dos torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos. Muy débil aun, no podia dar gracias al que acababa de prodigarla sus cuidados, cuando advirtiendo que estaba apoyada en aquel lecho, se arrojó de él con viveza, y corriendo al otro extremo de la pieza exclamó: «ahí es donde le han muerto; estaba yo destinada al horroroso suplicio de habitar el aposento en que él perdió la vida!»

Jacobo admirado de estas palabras, se arriesgó á preguntar el sentido de ellas.

— ¡Ay de mi buen vasallo, le respondió sollozando Ombelina, esa bandolera funesta me anuncia que el homicidio cometido aqui hace tres meses, lo fué en un hombre que me era sumamente querido, á quien acaso debo la vida, ó á lo menos que por su ternura me ha probado cuán digno era de ser mi padre. Juzgad ahora si mi dolor es justo, y si debo deplorar el rigor de mi suerte.

Jacobo, cuya alma sensible recibia un golpe violento con lo que acababa de saber, trató de consolar á la hospitalaria, queriendo hacerla entender que el que allí habia sucumbido no era un hombre de cierta edad, sino un jóven caballero. Sus palabras no calmaron á la victima de Mesalvo; ella les atribuyó

á la compasion del generoso conserje, y volviendo á tomar la espada que la habia causado tan funesto golpe, la miró de nuevo con una dolorosa atencion.

Sus observaciones acabaron de convencerla de que su padre no existia ya: demasiado bien conocia aquella arma con que acostumbraba adornarse, para no creer que fuese la misma.

A este tiempo se abrió la puerta de la sala, y entró Marchesi seguido de Marcelina á la que reprendia horriblemente estendiendo en seguida la cólera á Jacobo: preguntóle, brutalmente, ¿por qué antes de conducir á la prisionera (porque así fué como la nombro) no habia cuidado de limpiar el aposento, ó si con malicia habia querido asustarla?

El conserje se escusó como pudo, asegurando á Marchesi que no habia tenido tal intencion, y habiendo concluido se retiró, dejando á Marcelina al lado de la jóven, siempre sumerjida en la desesperacion. Las lágrimas que no dejaba de derramar, llamaron la atencion del insolente criado; preguntóla la causa y Ombelina mirándole con altivez le dijo: «que la prueba del asesinato de su padre, muerto por el raptor Mesalvo, habia añadido todo su horror á la pena de que ya estaba atormentada.»

—Estoy bien lejos de creer, replicó Marchesi, que mi señor haya cometido el asesinato de que le acusais. Demasiado leal caballero para asesinar, él no hiere sino á los que le atacan.

Esta asercion hizo levantar los hombros á Marcelina, colocada de manera de no ser vista del interlocutor; pero la hospitalaria tomando la espada de su padre, la presentó á Marchesi, diciéndole: «Negareis que el noble Mesalvo haya asesinado en esta misma sala hace tres meses á aquel á quien pertenecía este acero?»

El escudero pareció un momento confuso; despues examinando con cuidado la espada que tenia Ombelina, dejó escapar una ligera sonrisa y dijo: «Mas que nunca acabo de convencirme de que el caballero no ha muerto á vuestro padre: el que llevaba esa cuchilla, es demasiado amigo suyo para haber perecido á sus manos.»

Dichas estas palabras, Marchesi se retiró haciendo seña á Marcelina de seguirle, y dejó á Ombelina entregada á si misma, algo tranquilizada con sus palabras, y queriendo dudar que su padre no existia ya.

Esta hermosa desventurada recordaba que en su primera infancia habitaba la deliciosa Italia, no lejos de Venecia, y cerca de la ciudad de Vicencio: criada por unos pobres aldeanos, ella creia ser hija suya: amábalos con toda la ternura de su alma ingénua, y cada dia crecia en gracias y en virtudes. Un mes hacia que habia cumplido nueve años, cuando vió llegar á casa de Luigi un caballero magníficamente vestido, que se dió á conocer por su tutor, y la anunció que iba á llevarla consigo.

No pudo separarse sin derramar lágrimas

de la que hasta entonces la habia servido de madre: veinte veces se arrojó á sus brazos, rehusando desprenderse de ellos: fué necesario casi emplear la fuerza para llevarla á la litera en que el señor Maurand habia venido á buscarla.

Este le habló con tanta dulzura, que á pesar de la dureza que se pronunciaba en su fisonomía, consiguió inspirar alguna confianza á Ombelina: bien pronto ella se acostumbró á sus cuidados, y no conservó sino un tierno recuerdo de sus primeros protectores.

Las variadas sensaciones que produce un viage largo, acabaron de distraerla. El señor Maurand se dirigia á Francia: tomó el camino de Génova, y descansó en esta ciudad esperando un viento favorable. Luego que se presentó se embarcaron, y dos dias despues el navío que los conducia llegó sin contratiempo al puerto de Marsella.

De esta ciudad un barco mercante los llevó á Agda, en donde tomaron caballerías para continuar su camino hácia Tolosa.

El señor Maurand dijo á su pupila que él habitaba esta ciudad, en la que en efecto poseia una casa bien provista de todo. A su llegada confió á Ombelina á una anciana llamada madama Gerard, que parecia ser la ama de gobierno de la morada del tutor.

En este lugar permaneció Ombelina hasta los quince años, sin salir mas que para ir á rezar á la iglesia de San Sernin, y entregándose á todos los cuidados de una elevada piedad, bajo la direccion de su digna aya.

Cuando la edad hubo iluminado su razon, se sorprendió de las frecuentes ausencias del señor Maurand. Algunas veces pasaba mas de un mes sin tener noticias suyas: de ordinario volvia herido, y siempre, segun sus discursos, á consecuencia de un duelo: aunque Ombelina, cuya alma cándida se aficionaba á su bienhechor, no le veia jamás ausentarse sin sobresalto, redoblaba en este momento las oraciones que diariamente hacia por él.

Adelantando en edad, no podia menos de reflexionar, ignorando á quién debia su nacimiento; no podia muchas veces resistirse á creer que su tutor no fuese el autor de sus dias. Por varios rodeos habia tratado de sacar de él la verdad; pero en tanto la manifestaba el mayor cariño, y en tanto eludia diestramente una pregunta, á que no queria responder.

Una semana hacia que habia partido para uno de sus ordinarios viajes, cuando un domingo por la tarde al volver Ombelina con madama Gerard de la iglesia, encontraron al

señor Maurand, á quien cuatro hombres de siniestra figura llevaban en una camilla. Correr hácia él, estrecharle en sus brazos, preguntarle la causa de sus heridas (porque lo estaba gravemente) fueron los primeros é irresistibles impulsos de Ombelina: ella supo con el mas vivo dolor, que unos malhechores apostados cerca de san Miguel de Tonch, habian asaltado, herido y despojado al señor Maurand, que volvía entonces á Tolosa. Subiósele á su habitacion, y habiendo venido un cirujano, le colocó los apósitos, anunciando que las heridas no presentaban peligro alguno.

El gozo de Ombelina fué inexplicable: ella no confió á nadie el cuidado de asistir al señor Maurand, y constantemente al lado de su lecho, le prestó los buenos oficios que creia deber á su venerado tutor.

Este, al cabo de algun tiempo, teniendo necesidad de un elixir guardado en un armario de ébano, colocado cerca de su cama, entregó las llaves á su pupila, rogándole buscarse el vaso de cristal que contenia el benéfico licor.

Ombelina obedeció: al abrir un cajon observó un retrato en miniatura, rodeado de perlas finas, y representando las facciones de una dama tan jóven como hermosa, vesti-

da como estaban entonces las nobles venecianas. Su curiosidad fuertemente escitada, la detuvo bastante tiempo, contemplando aquella agradable pintura, tanto que notándolo el señor Maurand la preguntó por qué no cerraba el armario, y le traía el elixir.

Esta pregunta la hizo sonrojar; pero habituada á manifestarlo todo á su tutor, le confesó el motivo que la habia distraido de su deber.

La sencillez de esta relacion conmovió á Maurand hasta hacerle derramar lágrimas. ¡Oh providencia! dijo, ¡semejantes golpes no pueden menos de ser obra tuya! Despues observando la sorpresa de su púpila, se volvió hácia ella:

—Hija mia, la dijo, mi querida Ombelina, infinitas veces habeis deseado conocer vuestra madre; y bien, la casualidad os ha proporcionado la satisfaccion que yo queria rehusaros. El retrato que teneis en la mano es el de vuestra desgraciada madre, que espiró pronunciando vuestro nombre, y yo la prometí serviros de padre, á pesar de la distancia que la suerte habia establecido entre nosotros.»

—¡Ay de mí! exclamó Ombelina, ¡qué diversos sentimientos me atormentan alternativamente! Principio á conocerme, y la pri-

mera vez que se me habla de mis padres es para llorar su pérdida. Yo contemplo las encantadoras facciones de la que me dió el ser, y sé que jamás me estrechará en sus amorosos brazos. ¡Ah! Si ella ha terminado su carrera, si no puede ya protegerme en la escabrosa senda del mundo, no me queda á lo menos un padre, en cuyo seno pueda refugiarme? Señor Maurand, vos hasta ahora me habeis manifestado toda la ternura de tal; completadla enteramente en esta ocasion descubriéndome un secreto que me es importante conocer en toda su estension.

—¿Qué me pedis, hija mia? porque permitidme daros siempre este dulce nombre. ¿De qué desgracias tan terribles quereis que yo os informe? ¡Ah! aun cuando yo no me hubiese empeñado con el juramento mas sagrado, á ocultaros el conocimiento de esta funesta historia, ¿me seria posible tomar á mi cargo el descubriros la? Ignoradlo todo, jóven Ombelina, y sereis menos desventurada: pensad que la muerte de vuestra madre no ha satisfecho el odio de su perseguidor: él lo continuaria aun en su desgraciada hija, y vos vendriais á ser la victima de ese implacable enemigo, si solamente sospechase vuestra existencia. Yo mismo, que estoy lejos de ser lo que parezco á vuestros ojos, me

sustraeria difícilmente á sus golpes. Fiaos por lo tanto en mi experiencia, permaneced envuelta en vuestra oscuridad, y ella será vuestra preservadora. Un elevado rango os estaba destinado; el crimen os ha separado de él, y querria acabar de precipitaros en el abismo.

Al acabar este discurso, Maurand pareció debilitarse considerablemente: sus fuerzas se extinguieron, y Ombelina experimentó un instante el temor de perderle.

Este susto la hizo suspender sus preguntas, remitiéndolas á un momento mas favorable. Sin embargo, desde aquel dia se mostró menos alegre: las semi-confidencias de su tutor, la seguridad de la muerte de su madre dieron á su carácter una tinta de melancolia que hasta entonces le habia sido desconocida.

Algun tiempo despues, estando ya el señor Maurand en plena convalecencia, Ombelina le manifestó su alegría.

—Hija mia, la dijo, en recompensa de vuestros tiernos cuidados, aceptad este presente: creo que no podria haceros otro que os fuese mas agradable.

Hablando así, la entregó el retrato de su madre, pendiente de una hermosa cadena de oro. No es difícil concebir con qué trasportes

recibiria Ombelina esta fineza, cuántas gracias daria por eila á su tutor. No se cansaba de contemplar aquella miniatura, y desde aquel momento, habiéndola suspendido de su cuello, no volvía a dejarla jamás.

Al tiempo mismo que el señor Maurand se restablecía de su enfermedad, la buena Gerard llegaba al término de su carrera: su muerte fue casi repentina, y dejó á Ombelina entregada á un extremo dolor.

Su tutor participó de su sentimiento, y se disponia ya á buscar otra ama de gobierno, pero ella le rogó no se tomase este cuidado. Desde temprano una devocion exaltada la inclinaba á retirarse del mundo, y estas disposiciones habian cobrado nueva fuerza con la relacion de las desgracias de su familia, y las que la amenazaban á ella misma, segun lo que Maurand le habia manifestado. En su consecuencia, le parecia que la oscuridad de un claustro la sustraeria al enemigo desconocido que perseguia en ella á sus tristes parientes, y que, en fin, en los brazos de Dios encontraria un refugio contra las tentativas del crimen.

Maurand se admiró al pronto de una resolucion semejante, y quiso oponer algunos obstáculos; mas reflexionando mejor, observó que Ombelina abrazaba el partido mas con-

veniente á su situacion, y despues de haberla hecho algunas representaciones sobre la profesion que elegia, la condujo al convento de las Hospitalarias de Bariege, donde queria pronunciar sus votos antes que se separase de ella. Maurand la colmó de testimonios de su ternura; ella le dió gracias por los cuidados que habia tomado en su infancia, y se separaron para largo tiempo, para siempre tal vez, porque Maurand la declaró que iba á emprender un viaje, que le conduciria á diversos reinos de Europa, y que no podia fijar la época de su regreso.

Sola ya Ombelina, no pensó sino en redoblar su fervor, pero fiel á la promesa que habia hecho á su tutor, dilató hasta los veinte y cinco años de su edad, la pronunciacion de los solemnes votos que debian consagrarla para siempre al retiro.

En las frecuentes correrías que los templarios hacian en las cercanias del castillo de Mongiscard, solian ir á descansar frecuentemente en el convento de las Hospitalarias, donde segun los estatutos de su orden, hubieran debido ir á cuidar los enfermos. Acogíaseles con aquella dulce piedad que distinguia á las dignas religiosas.

Mesalvo particularmente era mejor recibido: dos señoras de su conocimiento habian

Tomado el velo en aquel lugar, y el atractivo de su sociedad conducia allí al pernicioso italiano.

Un dia que recorria las salas de la enfermería, sus ojos asombrados se detuvieron al aspecto de una novicia, cuya hermosura sobrenatural adquiria un nuevo realce con la rareza de su trage. Sorprendido de encontrar tantos encantos en semejante sitio, se adelantó precipitadamente hácia ella, embriagado del placer de mirarla, y formando deseos impios que su posicion recíproca hubiera debido impedirle.

Pero era aquel Mesalvo quien podia escuchar la voz del deber? La virtud hacia largo tiempo que estaba desterrada de su alma: el templario habia avanzado demasiado en la carrera del crimen para que pensara en retroceder. Ver á Ombelina, desearla, fué en él un mismo movimiento: seducirla y perderla se hizo el objeto de su culpable esperanza. Pero cómo podia lisonjearse de conseguirlo? ¿por qué medio obtendria de una virgen del Señor la correspondencia á su criminal pasion? El templario fecundo en expedientes, permaneció sin embargo largo tiempo sin encontrar el que se parecia mas conveniente; entre tanto no perdia ocasion de ver á Ombelina, y aun se atrevió á dejarla entrever sus sentimien-

tos; mas esta jóven inocente y modesta, no comprendió fácilmente la pasión de Mesalvo, y sobre todo, qué se proponia esperar de ella.

Cuanto mas incierto le parecia el suceso, tanto mas incremento tomaba la infame llama que le devoraba: Llegó en fin á su mas alto periodo, y juró perecer ó apoderarse de la virtuosa hospitalaria. Viendo que trataba en vano de hacerla sensible á su amor (cuya infamia habia ella comprendido por último) imaginó arrebatlarla de su santo retiro, puesto que no podia seducirla; y para que las sospechas no pudiesen caer sobre él, luego que se decidió por ese plan, dejó de presentarse en el monasterio.

Ombelina observando su ausencia esperó no volver á verle mas; pero cuán lejos estaba del corazon del pérfido semejante resolución! El parecia tranquilo al mismo tiempo que maquinaba con mas actividad.

Marchesi, su confidente, su satélite ordinario, recibió el secreto de esta criminal empresa, y juró á su amo llevarla á cabo.

En las cercanías de Montgiscard, y principalmente en la vasta selva de Bariege (1)

(1) Las ricas llanuras que hoy rodean al

una formidable cuadrilla de malhechores vagaba incesantemente desolando los campos, saqueando los castillos, y haciendo temblar en ocasiones, hasta las ciudades inmediatas. En vano para destruirla, habian reunido sus esfuerzos los mas poderosos señores de la comarca, y aun los capitulares de Tolosa: los bandidos no menos sagaces que intrépidos burlaron cuantas tentativas se hicieron contra ellos; ó si por algun tiempo se veian obligados á desaparecer, no tardaban en presentarse de nuevo mas poderosos y mas temerarios que nunca.

Algunos sordos rumores acusaban á los templarios de no ser enteramente estraños á estos desórdenes; se observaba que ellos solos habian rehusado tomar las armas en defensa de la causa comun; que sus posesiones eran las únicas respetadas por los bandoleros. Decíase tambien que se habia visto á estos últimos admitidos muchas veces en el castillo de Montgiscard, donde tomaban parte en con-

canal de Languedoc, desde Aviñonet hasta Tolosa, estaban entonces cubiertas de un inmenso bosque que llevaba el nombre de la ciudad de Bariege: todos los historiadores de la provincia hacen mencion de él.

ferencias noturnas, cuyo resultado era siempre algun crimen.

Entre los que esparcian estas especies con mas encarnizamiento, se notaba á los padres benedictinos del convento próximo: estos tenían antiguos motivos de queja de los templarios; por lo tanto se aseguraba que no sentirian encontrar ocasion de volver á los caballeros el mal que estos les habian hecho en otro tiempo.

En el número de los bandidos, y en el rango de sus gefes, se distinguian el formidable Roldo, enemigo jurado de todo poderoso y protector ardiente del pobre y del débil.

Si se hablaba de un castillo desvastado, era casi indudable que Roldo estaba al frente de la empresa: si una familia indigente restablecia su cabaña incendiada por algun funesto accidente se sabia que el oro de Roldo contribuia á esta nueva ereccion; en fin, malhechor y hombre de bien, Roldo á la vez era maldito de unos, y lleno de bendiciones de otros. A este dirigió sus miras Marchesi: él sabia donde encontrarle, y no tardó en dirigirse en su busca. Desconcertóse empero cuando supo que Roldo habia partido para una expedicion secreta, ignorándose hácia qué punto se habia encaminado, y aun le aña-

dieron que no se habia decidido á emprender aquel viaje, sino despues de haber hablado largo tiempo con el señor de Mesalvo.

Por estas revelaciones Marchesi comprendió que su amo no le confiaba todos sus negocios, pero aunque picado con este descubrimiento, no por eso descuidó el servirle.

Si Roldo estaba ausente, su tropa no lo estaba, y entre ellos, uno que hacia sus veces, se habia atraído frecuentemente la atencion de Marchesi por su feroz atrevimiento: á este fué á quien se dirigió.

Arrebatarse una virgen al Señor no era un atentado capaz de intimidar á Peraldo: por lo tanto, no puso dificultad alguna en encargarse de la empresa. Solo se disputó sobre el precio del crimen, y este objeto, largo tiempo debatido, se decidió en fin á satisfaccion de las dos partes. Conviniéronse en todo, y Peraldo juró que antes de dos dias la hospitalaria estaria en poder de Mesalvo.

Marchesi, gozoso de haber conseguido tanto, volvió á dar cuenta al caballero de sus gestiones, que le fueron pagadas con dinero del tesoro, y ambos esperaron con impaciencia el resultado de las promesas del bandido. Deseando este cumplir lo que habia jurado, se aproximó con tres hombres de su

partida á la ciudad de Bariege, y disfrazando su semblante como su persona, se fingió enfermo, y entró en el hospital. No tartó en ver á Ombelina, que venia á traerle socorros y consuelos. Afectando un vivo dolor de su conducta pasada, interesó a la sensible novicia, y obtuvo de ella que al declinar el dia le conduciría á un jardinito por donde se iba á la Iglesia, en donde él aparentaba querer pasar la noche en oracion.

Ombelina conmovida de su proyecto, le dijo, sin embargo, que si estaba demasiado débil, no debia esponerse así; pero él juró que sentia renacer sus fuerzas, y que no dudaba que el cielo hubiese escuchado su proyecto.

Luego que principió á oscurecer, la hospitalaria, fiel á su promesa, empenó á Peraldo á levantarse: este no se lo hizo repetir, y tomando su ropa, se apoyó fuertemente sobre el brazo de la novicia, y bajaron la escalera.

En el momento en que entraban en el patio, se oyó una voz á la parte de fuera, que pedía un pronto socorro para una mujer enferma.

Ombelina, impulsada por su beneficencia se apresuró á abrir una puerta que daba al campo, y salió por ella, siguiéndola Peraldo;

pero repentinamente la echaron una gran capa, con que la envolvieron enteramente: su terror en aquel momento favoreció á sus raptos, acometiéndola un desmayo que la privó de sus sentidos.

Gozosos aquellos de un acontecimiento tan favorable á sus proyectos, no se apresuraron á darla socorros, sino que colocándola en un caballo en los brazos de Peraldo, se encaminaron inmediatamente al castillo de Mongiscard: la desgraciada víctima no recobró sus sentidos hasta que atravesaron el puente levadizo, y la vista de Mesalvo le bastó para conocer el motivo de su rapto, y quién habia sido el autor de tan odiosa trama.



El señor de Mesalvo, habiendo reflexionado en los estraños acontecimientos de que el castillo de Mongiscard habia sido testigo, pensó que debia ser el primero en participarlo al gran prior del Temple, deseando además alejarse algunos dias de su prisionera á fin de dejarla tiempo de calmarse, partió para Tolosa, y refirió á Antonio d' Aigremont cuanto habia pasado.

Pocos momentos despues les fué comunicada la noticia del fallecimiento de la princesa Ethelmunda d' Armagnac, y se pudo observar que al oirla el gran prior palide-

ció y se puso todo trémulo. No obstante dispuso que se celebrase un oficio fúnebre y para hacerle mas solemne no quiso que fuese en la capilla particular de la órden.

Llegado el dia señalado, desde muy temprano las campanas de la Dalbada, una de las parroquias de la ciudad de Tolosa, hicieron oír sus melancólicos sonidos. La fachada del edificio estaba adornada de colgaduras mortuorias que se prolongaban al interior: pomposos escudos, fastuosas divisas, un catafalco ricamente decorado, una inmensa multitud de bujias, los sacerdotes revestidos de sus mas suntuosos ornamentos, todo anunciaba que un grande de la tierra habia ido á dar cuenta de su vida ante el trono del Eterno.

—Ah padre mio! exclamó la jóven Adelina, cuya morada se elevaba no lejos de la iglesia, una imponente ceremonia se prepara en la Dalbada; queriais llevarme á ella?

—Hija mía, la replicó Aldio Aldrici, no será el deseo de orar al cielo el que os atraerá allí, pensais que un motivo profano debe conducirnos á la casa de Dios?

—No dudeis que yo sabré cumplir mis deberes; pero oís la música? No veis á los caballeros del Temple, que con el gran Prior á la cabeza se dirijen á la iglesia? Oh! qué hermoso debe estar!

— Mi negativa te aflige; vamos, Adelina, consuélate, pues me presto á tus deseos: tu padre no es capaz de causarte la mas pequeña pena. Esta es la primera vez que vas á presentarte en un paraje público; conten tu vivacidad natural, cúbrete bien con tu velo: piensa, hija mia, que la modestia es la primera virtud de tu sexo: evita las miradas indiscretas, teniendo presente que de ello depende tu felicidad y la mia.

— ¡Padre mio!...

— Quiero decir que mi desespeacion seria sin igual, si te sucediese alguna cosa desagradable.

Escuchando á Aldrio Aldrici, la impaciente Adelina habia hecho un ligero tocador, estaba de luto, y su vestido como su velo eran negros. Pero el color nada importa, y una hermosa saca partido de todo. Veinte años es uno de los mejores adornos, y Adelina tenia esta edad, que unida á los encantos de su figura y las cualidades de su corazon, la hacian un objeio digno del amor mas puro: ella merecia ser feliz: ¿consentiria el destino que lo fuese?

Al entrar en la iglesia preguntó Aldrio Aldrici por complacer á su hija, el nombre del personaje á quien se dedicaban aquellos funerales.

—Es, le respondieron, una gra señora, que hace pocos dias estaba en la mas perfecta salud, y la muerte la ha sorprendido en toda la plenitud de su felicidad. Madama Ethelmunda, hermana del ilustre Bernardo, conde d'Armagnac, ha descendido al sepulcro; la estrecha amistad que une á monseñor d' Aigremont, gran prior del Temple, con el principe soberano d'Armagnac, es la que motiva esta ceremonia, y ese catafalco se ha elevado para probar al hermano el sentimiento que le ha causado la pérdida de su hermana.

—¡Qué! exclamó involuntariamente Aldrico; ¡Antonio d'Aigremont seria susceptible de alguna piedad!

Atemorizado de lo que acababa de decir, el padre de Adelina se alejó apresuradamente de aquel á quien habia interrogado, y por uno de los costados de la nave llegó hasta el santuario. El gran prior de los templarios sentado en un sillón ricamente bordado, colocado sobre un estrado y bajo un dosel, ostentaba aquel fausto tan justamente reconvenido á su orden. Una multitud de caballeros y de pajes le rodeaba, manteniéndose en una inmovilidad respetuosa, y sin atreverse nadie á hablarle, temiendo turbar el penoso curso de sus reflexiones.

Antonio d' Aigremont era de elevada esta-

tura; su semblante era perfecto pero carecia de gracia: observabase en sus ojos una impresion de ferocidad y de violencia que apenas podia reprimir la constante atencion que tenia en mantenerlos bajos. Sus modales eran bruscos, su aire sombrío; en una palabra, toda su persona descubria las señales del orgullo, como de las mas impetuosas pasiones. En el momento en que Aldrio Aldrici y su hija se colocaron, el diácono leia el Evangelio. Adelina levantándose retiró á la espalda su largo velo para examinar mejor á su rededor, cuando d' Aigremont dirigió por casualidad sus miradas al sitio en que oraba la jóven belleza. Apenas la hubo divisado, cuando su rostro naturalmente pálido se cubrió de un vivo encarnado, y parecia no poder separar sus miradas de ella. Por un movimiento maquinal se abrió su boca: hubiérase dicho que dejaba salir de ella palabras siniestras, cuando Aldrio Aldrici, que no le perdia de vista, notó su atencion: incomodado de la imprudencia de su hija, volvió él propio á colocarla su velo, sin reflexionar que esto mismo era otra aun mayor: en efecto, el gran prior no tardó en querer conocer al que le ocultaba los encantos de Adelina. Y cuál fué su asombro! Herido, como de un súbito terror se levantó de su asiento, y llevó la mano á la guaracion de

su espada... Pero se armaba sin motivo; el objeto de su temor habia desaparecido. Aldrio Aldrici se habia apresurado á retirarse con su hija á su modesta habitacion.

El oficio pareció interminable á la impaciencia de d' Aigremont: él deseaba ardientemente verse en su palacio para consultar al mas intimo de sus amigos, Isarn de Mesalvo, caballero templario como él. Isarn era italiano: motivos de la mas alta importancia le habian hecho dejar á Pisa, su patria, viniendo á refugiarse en Francia. En París hizo conocimiento con el gran prior del Temple, que le facilitó los medios de entrar en la órden: esto era, á lo menos, lo que él decia. Desde entonces fueron inseparables.

Isarn tenia toda la confianza de d' Aigremont: despues de él mandaba á los caballeros: él solo se mezclaba en los negocios de su amigo, y hacia frecuentes viajes, cuyo objeto era siempre ignorado. Solapado, cobarde, bajo, lleno de crueldad y de avaricia, tal era Mesalvo; nada se le hacia costoso para satisfacer sus deseos. El ocultaba bajo el manto de la mas elevada piedad, la mas detestable hipocresia: todo hasta entonces le habia salido bien: sus delitos eran desconocidos al mundo: él pensaba que siempre seria lo mismo, sin tener presente que, si el cielo es lento en

castigar al culpable, no por eso deja de herirle tarde ó temprano.

Concluyéronse en fin las ceremonias funerarias, hizose oír el último cántico, y el gran prior pudo salir de la iglesia. Luego que regresó á su palacio, que estaba contiguo á la Dalbada, mandó retirarse á los caballeros, y solo detuvo á su lado á Mesalvo.

—Y bien, Isarn, le dijo; aquella magestuosa Ethelmunda ha desaparecido de la tierra, en la que era el principal ornamento! Ella ha muerto, y su pérdida debe atribuirse á aquel que....»

—Señor, le interrumpió Mesalvo, hay cosas de que jamás se debe hablar. La condesa d' Armagnac ha dejado de existir; vos la habeis amado y no la amábais ya; ella ha ido á buscar en el sepulcro un reposo necesario, todo eso es muy natural. Vos debíais sentir-la porque sois amigo de su hermano, la habeis consagrado unos magníficos funerales; vuestros deberes están cumplidos: nada mas hay que decir.

—Yo lo desearia á lo menos; pero Roldo tarda mucho en venir. Quince dias han pasado desde que recibí la siniestra noticia de la muerte de Ethelmunda, y Roldo no ha sido quien la ha anunciado; no puedo comprender ni su tardanza, ni su silencio.

—Roldo no se ocupaba solamente de vuestros negocios; él se mezcla en otros muchos, y esta puede ser la causa de su tardanza.

—Conoceis bien á ese Roldo, y me respondéis de él?

—Como de mí mismo.

—Basta, estoy mas tranquilo; hablemos de otra cosa. Vos gustáis del mundo, amigo mio, salís con frecuencia: conoceis los vecinos de nuestro palacio? Sabeis sus nombres, sus costumbres?

—A fé mia, señor prior, es cosa en que me ocupo bien poco; qué me importan unas gentes, oscuras la mayor parte? Uno sin embargo, me ha chocadô mas que los demas; yo recuerdo haber visto en otra parte su fisonomía; y no mas lejos que hoy, le he visto en la iglesia: confieso que me ha reproducido antiguos recuerdos, que de buena gana quisiera olvidar.

—Estaba solo?

—Creo que sí.

—Sabeis su nombre?

—Llamébase en otro tiempo el principe de Montalbano.

—El principe de Montalbano! luego le habeis conocido?

—Ah! sin duda! pero qué relaciones existen entre vos, francés, y él napolitano?

— Mi querido Mesalvo, se adquieren á mayor distancia aun. Yo he viajado mucho, y mis conexiones con vuestro compatriota, pertenecen á una particularidad de mi vida, que os he callado hasta ahora, y de que no tardaré en instruiros. No podríamos, sin embargo, asegurarnos mas de la identidad de la persona? no podríamos habernos engañado? qué hace él aquí? Su exterior no anuncia sus riquezas. Por qué ha de haber elegido á Tolosa para su morada? Tratemos de aclarar este punto, que me parece bastante importante.»

— Por vos y por mí, os aseguro que antes de poco quedarán destruidas nuestras dudas, ó si por una fatalidad que yo no puedo prevenir, nuestros ojos no nos han engañado, será necesario que ese príncipe de Montalbano vaya á reunirse á la condesa de Ar.... »

— Mesalvo! Mesalvo! hace un momento que hablábais de prudencia, y en este mismo la olvidais!»

— Perdonadme, señor; pero, os lo confieso, el odio que tengo al uno me ha hecho perder de vista la discrecion que debia inspirarnos la suerte de la otra.

— Basta, caballero; id adonde os llama vuestro interés y el mio; que no concluya el dia sin que tengamos noticias precisas acerca del personage que nos inquieta.

Mesalvo se inclinó ante su superior, y se retiró á su aposento.

Antonio d' Aigremont, luego que se vió solo, se entregó á reflexiones que le parecieron bien dolorosas, y para mejor sustraerse á ellas determinó salir. Sus pasos le condujeron al palacio del duque d' Auvillars, que por entonces habitaba en Tolosa. Un sentimiento impetuoso arrastraba á d' Aigremont hácia aquella morada. La hija del duque d' Auvillars, la jóven y bella Elfegia habia herido vivamente su corazón: él no habia podido verla sin amarla, pero todo le alejaba de aquella noble doncella. Sus votos le separaban del mundo, y no le permitian volver á entrar en él.

Esta cruel idea atormentaba al templario, y por mas que trataba de rechazarla, no se apartaba un instante de su vista; pero lejos de inspirarle sentimientos mas conformes á su situacion, no despertaba en su alma sino pensamientos criminales y culpables proyectos.

El duque d' Auvillars recibia en su casa al gran prior de la órden del Temple con las consideraciones debidas á su eminente título: su casa estaba siempre abierta para él, tanto mas, quanto se trataba de ganar su voto para el jóven Aquiles, hermano de Elfegia, y ya

novicio templario: esperábase, con el socorro y el apoyo de Antonio, verle llegar un día á las primeras dignidades.

D' Aigremont entretenia con cuidado estas esperanzas; él lisonjeaba la ambicion del noble duque, y le hacia entrever una brillante perspectiva para su querido hijo.

La hermosa Elfegia tenia veinte años, sus magnificos cabellos nagros formaban alrededor de su frente mil elegantes rizos: sus ojos como el ébano lanzaban irresistibles rayos. Era imposible cansarse de admirar la rara perfeccion de su talle, el precioso conjunto de sus formas esbeltas, la blancura de su tez, la viveza de su colorido; y para concluir, la copa encantadora de su pequeña boca, adornada de una doble fila de perlas de mas brillante esmalte. Hablar de las virtudes seria citar todas las que existen: ella se complacia en hacer beneficios, y adoraba á sus padres, que envanecidos de haberla dado el ser, la colmaban de las mas tiernas caricias.

Multitud de jóvenes caballeros aspiraban ardientemente á su mano; pero su padre no habia querido hasta entonces violentar su voluntad. Elfegia no amaba aun: una pacífica indiferencia reinaba todavia en su corazon, y solo deseaba no separarse de su padre.

El dia en que d' Aigremont se presentó en la casa del duque d' Auillers, despues de la ceremonia lúgubre de la mañana, debia presentarse á este último un jóven héroe, el brillante Adolfo de Levis, que en la última guerra contra los ingleses habia desplegado el mas raro valor, dando motivo á que no se hablase de otra cosa que de su intrepidez. Las bóvedas de su castillo de Mirrepoix estaban cubiertas de banderas y estandartes tomados por él á los enemigos de la Francia. Las damas suspiraban por su regreso, porque no se alababa menos su belleza que su valor. Suponíase que él era aun insensible, y cada hermosa Languedociana formaba en su interior el proyecto de encadenar el vencedor de los mas indomables guerreros.

Elfegia, ocupada en bordar una banda que queria regalar á uno de sus hermanos, habia tomado poca parte en la conversacion. Antonio se ofendió de ello, y se aproximó á hablarla.

—Caballero, le dijo, este dia me parece debe ser consagrado al silencio: yo no puedo olvidar la muerte de la ilustre Éthelmunda: cuánto debeis haberla sentido!

—Si, sin duda señora, respondió palideciendo el templario, su pérdida me ha cau-

sado la más viva aflicción. Nuestro conocimiento era desde la infancia; la más perfecta amistad me une á su hermano; por consiguiente serán profundos los sentimientos que su recuerdo dejará en mi corazón.

Un suspiro que dejó escapar fué atribuido por la inocente Ellegia á su sensibilidad. Qué poco conocia al pérfido que la hablaba! Desanimado por el ensayo que acababa de hacer, Antonio se reunió al resto de la sociedad. En aquel momento un paje anunció al señor de Verdale, anciano respetable, caballero templario, y al marqués Adolfo de Levis.

Al pronunciar este nombre, todas las miradas se volvieron hácia el que le llevaba. Presentose, y su elevada y graciosa estatura, su rostro encantador, una mirada espresiva, y su sonido de voz armonioso, todo correspondia en él á la alta opinion que sus acciones habian hecho formar de su persona. No se sabe qué instinto secreto inspiró al gran prior del Temple; pero lejos de ver con interés al marqués Adolfo, le juró desde aquel momento el odio más completo:

Si los circunstantes habian mirado á Adolfo, este no tardó en examinar con atencion á la encantadora Ellegia: sus gracias sin número le hicieron una impresion profunda, y con

un respetuoso silencio, con los mas delicados miramientos, trató de manifestarla cuán grande seria el imperio que iba á ejercer sobre su corazon.

D' Aigremont, iluminado por sus celos, adivinó mucho antes que Ellegia los nuevos sentimientos del señor de Lévis: temiendo no poder disimular debidamente el despecho que le consumia, se retiró precipitadamente dirigiendo una mirada irritada al baron de Verdale, que habia introducido á Lévis en la casa del duque de Auvillars.



VII.

Mesalvo, luego que se separó del gran prior, buscó en su cabeza los medios de de aproximarse al que él creia ser el príncipe de Montalbano: dirijirse él mismo á su casa, era un paso muy temerario; pero ¿cómo conocerle mejor? Podia esperar que unos espías tomasen en descubrir la verdad, el interés que tomaria él propio? Seria prudente fiarse en su discrecion? Despues de haber reflexionado largo tiempo, á pesar del peli-

gro que corría en intentar esta empresa, creyó que el partido mas sencillo era hablarle él mismo. Con precauciones, destreza y audacia se puede arriesgar todo, se decia: además, ¿no tengo á d' Aigremont para sostenerme?

Hablando de esta suerte, se encontró en la morada de Aldrio Aldrici.

—Qué se os ofrece, señor templario? le dijo este, á qué motivo debo el honor de recibir la visita de una persona tan piadosa como ilustre?

A este discurso, Mesalvo examinó atentamente al que le pronunciaba, y trató de adivinar en su semblante si las palabras que acababa de proferir le habian sido inspiradas por una irónica irrisión, pero nada pudo descubrir. Aldrio Aldrici no era hombre cuyo semblante dejara conocer lo que interiormente sentia.

—Vengo, le dijo el templario, conducido por una intencion bien laudable: nuestro venerable, gran prior, siempre ocupado del celo por el bien de los pobres, deseando aliviarlos en sus infortunios, me ha comisionado para tomar informes esactos de los desgraciados que nos rodean. Se os ha designado como uno de los que mejor pueden facilitar esta investigacion, y vengo á rogaros

nos presteis vuestro socorro.»

—Ah, señor! respondió Aldrio; cuánto se aumenta la veneracion que me inspira vuestro gefe con lo que acabais de decirme! cuán digno es de la confianza del gran maestro de vuestro orden, del virtuoso Jacobo Molay! Y vos, señor, tambien teneis parte en mi veneracion; quereis el alivio de los pobres, y no hay una intencion mas bella ni mas digna, yo os prometo ayudaros con todas mis fuerzas. Y en qué podrian ser mejor empleados vuestros tesoros?

—Buen ciudadano, quanto mas os escucho, tanto mas me inclino á creer que no sois de este pais; vuestro acento parece ser...

—Italiano querreis decir? le interrumpió Aldrio: en ese caso no os engañais.

—Luego confesais?...

—Que la Italia me ha visto nacer; yo no lo niego, ni tengo necesidad de ocultar mi familia: nada hay en ella deshonroso, ni yo he tomado parte en ningun rapto ni ninguna muerte.

—Qué quereis decir?

—Nada, señor caballero: yo deseo sepais que soy de Génova, hijo de Aldrio Aldrici, capitan de marina: nosotros habitábamos en la plaza de san Lorenzo, en donde mi familia está aun establecida. Allí pueden daros

mas noticias, si os tomáis el trabajo de ir á buscarlas.»

—Yo habia creído, no os lo disimularé, que teníais otro nombre, ó á lo menos otros parentescos.

—Creeríais acaso que yo era un príncipe?

—Todo podria ser...

—Vamos, señor, vamos, os estais burlando de mí, ó mas bien creéis ver en todas partes una persona cuyo recuerdo no os abandonará jamás. Yo soy ciudadano de Tolosa hace poco tiempo, bastante estimado en mi vecindad, pero sin deseo de mezclarme en negocios ajenos, escepto el de ayudaros á derramar vuestro oro en los necesitados de la ciudad, para lo cual estoy pronto á toda hora.

—Dentro de poco volveré á veros. Pero quién es esa celestial criatura? exclamó Mesalvo al ver á Adelina, que entraba en aquel momento en la sala.

—Es hija mia, señor, mi hija, lo entendeis? el objeto de mi mas tierno cariño, la que hermosea mi soledad, y cuya defensa tomaria aun á riesgo de mi vida.

—Cómo os acalorais!...

—Es que la amo sobre todo cuanto hay en el mundo, y temo la galanteria francesa.

—En ese caso, nada teneis que temer de mi parte, porque soy vuestro compatriota, y me complazco en manifestároslo.

—Infinitas gracias por la confianza; pero no tenia necesidad de ella para conoceros. Vos sois noble veneciano, y vuestro nombre es Loredani.»

—Qué decis? yo Loredani! Vos os engañais, os engañais, os digo.

—Y bien, poned el que os parezca, si os acomoda.

—Vos pareceis dudar!o!

—Oh! yo no dudo nada. Es cierto que ese nombre no es conocido en Nápoles de una manera bastante brillante para ser solicitado...

—Habeis estado en Nápoles?

—No os he dicho que mi padre era marino? Yo he corrido todas las costas del Mediterráneo. En Venecia me dijeron que el señor Loredani habia sido espulsado de todos los casinos porque tenia la destreza de restablecer con el juego los agravios que en otras cosas le hacia la fortuna. En Nápoles se le llamaba raptor, y aun creo, Dios me perdone, que en Palermose le daba un título mas odioso... Pero os veo cambiar de color, respetable caballero; tendriais tambien que quejaros del señor Loredani, y su re-

cuerdo os causará disgusto?»

—No, solo siento que vos me hayais tenido por un personage semejante. Hablemos de otra cosa. Sabed que admiro vuestra franca alegría, vuestra honradez y sobre todo vuestra confianza.

—No os debe admirar nada de eso: cuando se tiene salud, algunas facultades, la estimacion de sus semejantes, la paz del corazon, y una hija querida, ¿qué mas hay que desear? y sobre todo ¿qué se podria temer? Y observad, caballero (porque me inspirais confianza) que tal como me veis no soy hombre fácil de atropellar: para perderme seria necesario un poder muy estenso: por decontado Tolosa me ha admitido en el número de sus hijos: yo soy buen católico, estoy bastante bien en la corte; tengo buen pie, buen ojo, una dilatada correspondencia en Italia; yo desconfio de todo el mundo, y así rara vez se me engaña; y esto lo digo para que se sepa; porque alguna persona que quisiera jugar con nosotros, lo pensará dos veces antes de emprender nada en nuestro daño.

—Pero adios, señor, se hace tarde; la hora de la comida os llama, y yo voy al consejo de la ciudad, donde me han hecho el honor de admitirme: espero que no tardareis en traerme las gruesas sumas que tan generosa-

mente habeis ofrecido: y si acaso vuestras muchas ocupaciones ó cualquier otro objeto os lo hace olvidar, os prometo no dejar pasar la semana sin ir á recordároslo.

Dichas estas palabras, se revistió de su ancho manto encarnado, cubrió su cabeza con un gorro de terciopelo, y habiendo conducido á Mesalvo hasta el umbral de la puerta, le hizo una profunda cortesía, y le dejó prontamente.

La noche oscurecia la atmósfera cuando Mesalvo se reunió al gran prior. Encontróle inmóvil, apoyado sobre una mesa, y recorriendo con la vista unas cartas, cuya lectura parecia absorber toda su atencion. El ruido de la entrada de su amigo distrajo á d' Aigremont de su lectura.

—Y bien! dijo con tono de mal humor; qué sabeis con respecto al ciudadano de que me hablásteis esta mañana?

—Nada, monseñor, ó á lo menos muy poca cosa: solamente he podido conocer que era picante, burlon, y superior de todo temor.

—Pero le habeis reconocido, si, ó nó?

—Eso es lo que no me atrevo á asegurar. Si he de creer sus discursos, es de Génova, su nombre Aldrio Aldrici, su familia perteneciente á la marina, habita en la plaza de san Lorenzo.

—Fácil es saberlo á punto fijo por nuestros hermanos de Génova, que podrán informarnos de ello. No habia nadie mas en su casa?

—Una jóven hermosa como el amor, y bien digna de ser admitida en el misterioso asilo....

—Sepamos antes, interrumpió d' Aigremont, quién es su padre, ese cuidado es mas importante de lo que podeis imaginar, yo os empeño amigo mio, á no emprender nada hasta la vuelta del correo, que mañana mismo despacharé á Génova.

En este momento se presentó un paje y dijo al gran prior, que un desconocido deseaba hablarle; que en vano se le habia invitado á que volviese al día siguiente, pues habia insistido diciendo que le esperaba monseñor.

D' Aigremont mandó que se le hiciese entrar. El paje se retiró y volvió un momento despues conduciendo á una persona con el rostro enteramente cubierto con su manto: detúvose en medio de la sala; dió por tres veces cinco golpes en el suelo, y al momento Mesalvo mandó al jóven sirviente retirarse.

—El desconocido se desmascaró...

—Sois vos, Roldo? exclamó el gran prior, cuánto habeis tardado en volver!

—No por eso he dejado de hacer mi deber.

—Ya lo sé, dijo d' Aigremont vacilando.

—Y todos vuestros deseos están satisfechos.

—La recompensa tambien está pronta, dijo Mesalvo.

—Tanto mejor.

—Venid á recibirla, añadió Mesalvo, mi mesa está aun guarnecida de algunos manjares, y sobre todo, de un frasco que contiene un licor apropósito para restablecer las fuerzas despues de una larga jornada.

—Gracias, señor, pero tengo la costumbre de no beber jamás fuera de mi casa: ¿señor prior quereis saber algunos pormenores?

—Son inútiles.

—*Ellos te confundirian*, dijo una voz terrible que parecia salir del medio de la sala. El terror se apoderó de las almas de aquellos criminales hasta el extremo de no permitirles hablar.

Durante este momento de silencio, las campanas de la iglesia de la Dalbada se agitaron como por si mismas, y tocaron lentamente el sonido de la muerte.

Roldo, mas atemorizado que sus cómplices se retiró sin proferir una palabra y d' Aigremont nada le dijo para detenerle: en fin, des-

pues de un largo rato se dirigió á Mesalvo:

—¿Qué decís, amigo, de lo que acaba de pasar? ¿No os parece haber reconocido esa voz espantosa?

—Si me he de atrever á deciros lo que pienso, es necesario renunciar á nuestra razón, ó creer que el cielo se mezcla en las cosas de la tierra.

Aquí fué interrumpida la conversacion por un nuevo incidente. Habiendo querido el gran prior continuar la lectura de las cartas que habia dejado sobre la mesa, quedó confundido al observar que estaban en muchos parajes teñidas de sangre, al parecer recientemente vertida. Imposible es expresar el espanto que se apoderó de él: su sangre detuvo de improviso su curso, y cayendo sobre una silla, pronunció á media voz: «El crimen tiene su castigo, y la víctima su vengador!»

A estas palabras, se le oyó llamar por tres veces, y la voz que la hablaba parecia irse alejando. Entre tanto las campanas no cesaban de tocar, y se oía gran rumor en la parte del palacio contiguo á la iglesia.

El aposento se llenó bien pronto de una multitud de caballeros que venian á decir á sus gefes los extraordinarios sucesos que estaban presenciando. No era necesario esto pa-

ra aumentar el temor d' Aigremont, que se hallaba en la situacion mas deplorable. Entre tanto sonó la hora del reposo, y fué necesario separarse. D' Aigremont, haciendo un esfuerzo de energia, pidió que le dejaran solo, pero no quiso buscar el sueño en su fastuoso lecho, temeroso de no encontrarle en él.

Mesalvo se despidió tambien, pero menos valeroso que el gran prior, pretestó una grave indisposicion, é hizo que se quedase en su cuarto un escudero á quien estableció delante de la chimenea.

En el momento en que el relój de la torre daba las doce de la noche, d' Aigremont creyó distinguir un espeso vapor que se formaba en uno de los ángulos de su aposento. Quedóse sin fuerzas para pedir socorro, y atormentado por la voz de su conciencia, permaneció sin movimiento y casi sin vida. Poco á poco aquel vapor fué tomando color, y bien pronto pudo percibir que se transformaba en una figura humana: en fin, un brillante relámpago le permitió ver distintamente una persona vestida de una mortaja blanca, con una copa en la mano, y que en un tono ronco y apenas inteligible, le dijo: «d' Aigremont, *Ethelmunda te devuelve el último presente que recibió de tí!*» Entonces la

Figura dejó caer en el suelo el vaso lleno del licor venenoso que contenia, dando un horroroso grito, y oyéndose al mismo tiempo una violenta esplosion, la vision se desvaneció.



VIII.

Oh! madama; decia la viva Odila á Elfegia d' Auvillers, qué buena fisonomia tenia ese caballero que el anciano señor de Verdale ha presentado á vuestro padre! yo sentia un verdadero placer en mirarle, y es necesario que sepais que él no ha notado la atencion general que escitaba, porque no ha separádo un momento los ojos de vuestra persona.

—Qué loca eres, Odila, le respondió la jóven duquesa; si sus miradas se dirigian á mí, sin duda seria para examinar la banda que estoy bordando para mi hermano.

—Vuestra obra, por brillante que sea, no

ha podido atraer sus miradas, y si acaso se ocupaba de vuestra banda, sería deseando adornarse con ella, pero donde vos estais; ¿se puede pensar en otra cosa?

—Qué adulatora se ha vuelto mi querida Odila! con qué arte me agovia con sus lisonjas! Cómo se conoce que aprovecha las lecciones que recibe del mas célebre trovador de la comarca!..... Pero ya se ha sonroseado con solo nombrarle al genti! poeta Arnaud Vidal de Castelnaudary.

—Eso quiere decir que en todo os imito, mi amable señorita; y esos colores que me reprochais acaban de hermosear la blancura de vuestra frente en el momento en que os he hablado del marqués Adolfo de Levis.

—¡Oh! esa es una calumnia sin ejemplo! Es cosa terrible creer que yo me sonroje porque una loca se divierta en hablar conmigo de un desconocido.

—Me dais, señorita, dos calificaciones bien poco merecidas; mi amor propio me autoriza á desechar la primera, y el simple raciocinio va á destruir la injusticia de la segunda. Sin duda el valiente Adolfo os es poco conocido, si por eso estendeis haberle tratado largo tiempo, puesto que no le habeis visto hasta esta tarde; pero por otra parte, negareis que haya llegado hasta ahora á vuestra noticia el

rumor de las hazañas? Vuestra familia no ha pronunciado frecuentemente su nombre con interés?

No es el amigo del conde d'Auvillars, vuestro hermano mayor? Cuántas veces este último os ha referido circunstansiadamente las virtudes de su compañero de armas! Vuestra madre (perdonad si os recuerdo una memoria que debe costaros lágrimas) cuántas veces, antes de su muerte, cuando os estrechaba en sus brazos, os dijo que quisiera veros esposa del marqués de Levis!... Bueno, ya estais otra vez sonrosada; luego he ganado mi causa, y vais á confesarme que el bello Adolfo no os es tan desconocido, como habeis querido decirme.

—Oh Dios mio! exclamó Elfegia, qué gran cosa es el estudio! y qué hábil se hace en el arte de sacar conjeturas una jóven que se entrega al amor de las letras! Segun tu parecer yo estoy ya apasionada por un caballero á quien apenas conozco, y porque tus sospechas me disgustan formas un argumento en tu favor, de lo que tal vez no es efecto sino de mi cólera.

—Es posible que vos que tanto aborreceis el disimulo, oculteis de tal manera vuestros sentimientos en esta ocasion? Por de contado, no es verdad que esteis disgustada; un

poco confusa, pase, sobre todo si habeis resuelto retirarme vuestra confianza; pero yo creo no haber cesado un momento de merecerla. Podia yo creer, mi querida señorita, que no quisiérais ya á vuestra Odila?

—Ven, la contestó Elfegia, tú que sabes hacer de mi lo que quieres; abraza á tu amiga y no se trate mas del caballero ni de tus conjeturas.

Aquí iba á terminarse la disputa, cuando un incidente estuvo á punto de comunicarla nuevas fuerzas. Las ventanas del palacio de Auvillars, situado en uno de los extremos de la ciudad por la parte de Montandron, daban á una vasta campiña. Era entrada la noche, y las dos jóvenes hablaban en un balcon que miraba á las laderas de Pech-David. De repente el argentino sonido de una guitarra llega á sus oídos.

—Dios sea alabado! dijo Elfegia; reconozco el estilo del músico: él me anuncia que el célebre Vidal, no contento con dar durante el dia lecciones de elocuencia y filosofia á mi Odila, viene á la sombra de una noche favorable, á enseñarla una ciencia mas fácil de aprender.

Odila no replicó, porque nada tenia que decir; era cierto que Arnaud estaba allí, y venia precisamente á la hora en que ella ha-

bia querido atormentar á Ellegia. Como esta podia tomar su revancha, una cosa solamente consolaba á Odila, y era el reconvenir al dia siguiente al que la habia hecho perder tan buen juego; pero con gran satisfaccion suya, el triunfo de la duquesa fué de corta duracion, porque despues de un corto preludio, una segunda voz se unió á la de Arnaud, y reconoció la del caballero de quien acababan de hablar.

—Señorita, qué felicidad! ellos se conocen! exclamó la impetuosa Odila. Iba á proseguir pero su amiga la cerró la boca recomendándola suavemente el silencio, y escucharon el romance á duo que los amables artistas cantaron con toda la espresion de que eran capaces.

El juramento del Trovador.

ROMANZA.

Ante el altar de la sagrada vírjen
el trovador valiente y religioso,
ofrece en juramento fervoroso,
constante ser en el amor y honor.

Si este solemne voto quebrantase

no le inspire su musa protectora,
y su arpa en otro tiempo tan sonora,
solo produzca un lánguido clamor.

No temas ya, oh amiga idolatrada,
del trovador falsia ó abandono,
amante de su bella y fiel al trono
de la perfidia ignorá el negro horror.

De su existencia hasta el postrer momento
será leal al voto consagrado,
hallándose igualmente encadenado
por su rey, por las musas y el amor.

De la constancia emblema venturoso
la banda azul sobre su pecho ostenta,
y su grata esperanza se alimenta
de tu túnica verde en el color.

Si engañase el amor de su querida,
sea odiado do quier que se presente,
y en su oído resuene eternamente,
«¡maldicion al infiel trovador!»

Un acontecimiento semejante debia producir grandes reflexiones en los corazones de las dos amigas; por lo tanto no se supo hablar de otra cosa. Permanecieron al balcon hasta que los músicos se retiraron; hicieron grandes elogios de la música del romance; eran, en fin, las dos de la mañana, y el sueño no se atrevia aun á aproximarse á aquellas amables bellezas.

El lector ha hecho ya conocimiento con Elsegia, réstanos hablarle un momento de Odila. Su familia, vasalla del duque d' Auvillars, estaba unida á ella desde muchos años. Ulmídia, su madre habia sido la nodriza de Elsegia, y eran por consiguiente hermanas de leche: habianse educado juntas, y su amistad era tan célebre que jamás se convidaba á la jóven duquesa d' Auvillars sin contar igualmente con la interesante Odila. El carácter mas feliz acompañaba en ella á la mas linda figura: veíasela constantemente reir y cantar; muy rara vez estaba triste, y tenia por máxima que «demasiado tiempo hay para afligirse.»

Odila habia llegado á los diez y seis años sin conocer el amor; ignoraba igualmente sus penas y sus placeres, y era de continuo el objeto de sus burlas; mas no estaba lejos el momento de ver turbada la paz de su alma.

La poesía tenia todavía en el Languedoc celosos partidarios: recordábase con entusiasmo la gloria de sus célebres trovadores. Algunos trataban de seguir sus huellas, y lo conseguian con mas ó menos éxito. Uno entre ellos anunció bien pronto por sus esfuerzos hacer descollar su nombre en medio de la multitud, y pronuncióse ya con veneracion el de Arnau'd Vidal de Castelnandary. Este hijo

predilecto de las musas, unia, como sus ilustres predecesores, el valor al génio: habia peleado, y podia cantar dignamente sus victorias. Tolosa era la ciudad que él preferia particularmente, y la casa d' Auvillars le recibia con las consideraciones que su celebridad merecia.

Arnaud Vidal era jóven: su mérito le proporcionaba toda clase de satisfacciones: hablaba bien, y su mirada era tiernísima, y sabido es como se ama en Occitania á un elocuente de ojos lánguidos. El trovador corria adonde el placer le llamaba: las damas trataban de sujetarle, pero eran vanos sus esfuerzos: su veleidad rompía las cadenas con que se le queria aprisionar, porque su hora no habia llegado todavía: érale aun permitido burlarse del amor.

El duque d' Auvillars manifestó deseos de que diese á su querida hija algunas lecciones que la pusiesen en estado de leer con fruto las obras de los antiguos poetas. Arnaud accedió gustoso á esta proposicion, y varios dias de la semana venia al palacio, é instruia con la mayor complacencia á la noble Elfegia.

Odila asistia á las lecciones: su natural vivacidad, sus graciosas ocurrencias, unidas á una fisonomía espresiva, á unos cabellos ru-

bios como el oro, que caían en hermosos rizos sobre sus hombros de alabastro, á una nariz tan fina como el aire, á una boca pequeñita y siempre risueña, hacían de ella un objeto digno de atención. Vidal observaba en sí mismo que un secreto sentimiento le impelia á buscar la compañía de Odila; pero se esforzaba á triunfar de una inclinación naciente, cuyos progresos temía.

Odila por su parte se abandonaba al placer de hablar con Vidal: ella le encontraba tanta gracia cuando cantaba un romance caballeresco, su gravedad cuando explicaba algun pasage de un autor recomendable, le sentaba tan bien, que la tierna jóven adquiría cada día un gusto mas decidido por las ciencias.

Cualesquiera que fuesen los cuidados de estos amantes para disimular su ternura, no poseían aun bastante destreza para ocultarla á las miradas de sus amigos. No había uno que no penetrase lo que pasaba en el fondo de su alma, y todos aplaudían una inclinación tan conveniente y bien colocada. El señor d' Auvillars veía con placer que esto le facilitaría el medio de recompensar á dos seres que le eran igualmente queridos, por la estimación que les tenía su Elfegia.

Algunos años trascurrieron de este modo.

Las dos bellezas llegaron á sus veinte, y entonces se habló sériamente de la union de Odila y Arnaud; pero la primera oponia un obstáculo, que era el no querer casarse hasta haber visto á Elfegia enlazada ante el altar. Arnaud Vidal se desesperaba, y pasaba su cólera componiendo mil canciones en que pintaba su desgracia; entre tanto no cesaba de seguir la moda, y jurando á Odila una fidelidad á toda prueba, faltaba á ella mas de una vez. ¡Ay de mí! ya los trovadores habian degenerado mucho de su alabada constancia, y se pretende que, en nuestros dias va el mal en aumento.

Elfegia y Odila esperaban el dia con impaciencia, porque Vidal debia venir, y deseaban hablarle de la serenata de la vispera. Logróse al fin su deseo; Arnaud vino á la hora acostumbrada, y despues de saludar á las damas, las preguntó si estaban dispuestas á recorrer con él la voluminosa obra del Monje de las Islas de Oro.

—No, trovador, dijo Odila, no; esta mañana no podriamos estudiar con cuidado, estamos padeciendo lo indecible, porque hemos pasado una noche fatal, y nos dormiremos á pesar de nuestros esfuerzos por vencer el sueño. Imaginad, señor sábio, que una gran parte de la noche han estado unos

locos dando serenata bajo las ventanas de nuestros aposentos. Madama Ellegia cree haber reconocido vuestra voz; pero, gracias á Dios, yo he sostenido lo contrario. Podeis creer (la he dicho) que el grave Vidal hiciese semejantes locuras? No, señorita, no debemos acusar de esta audacia sino á algunos calaveras de los muchos que hay en la ciudad.

—Luego creéis, señorita, que yo he renunciado á los usos de mis predecesores?

—Ah! señor trovador, seria posible que hubiéseis sido vos? En ese caso retiro mi crítica, pues os respeto demasiado para llevarla mas adelante; pero puesto que os conviene correr los campos, os serviríais decirme por qué nueva modestia os habeis dejado acompañar de otro artista, que os digo con franqueza, canta tan bien como vos. Seria alguno de vuestros discípulos?

—Yo, dijo Vidal, no tengo discípulos que posean tan bello talento; aquel, cuya voz os ha agradado, es un amigo mio, caballero lleno de valor y rectitud.

—Admiro, dijo Odila, su complacencia, que sin duda pondreis en el número de sus brillantes cualidades. Cómo! un caballero tan completo se disfraza para seguiros, viene á cantar un duo en obsequio mio, y esto solo por serviros á vos: semejante amistad es poco

comun, y yo en particular debo estarle agradecida.

—Podeis, la dijo Vidal á media voz, dispensaros del reconocimiento.

—Cómo! esplicaos, le replicó ella en alta voz.

—Señor Vidal, interrumpió Elfegia precipitadamente; dejad á esa aturdida que os ocuparia hasta mañana; ella finje ignorar el nombre del que os acompañaba, pero no hemos tardado en reconocerle; piensa que debe ser el marqués de Levis.

Creyendo haber dado un golpe de maestro, Elfegia no sospecha que se ha sonroseado, que Arnaud lo ha visto perfectamente, y sabido es que nadie cambia de color cuando habla de cosa que le es indiferente.

IX.

Un momento de silencio siguió á esta conversacion. Odila no se atrevió á restablecerla, pero preguntó á Arnaud cómo conocia al marqués de Levis, y si sus relaciones eran muy antiguas. El trovador no deseaba mas que verse en este caso, y respondió en los términos siguientes:

—Dos años hace que, corriendo la Italia fui sorprendido por la noche en medio de un bosque estensísimo: yo trataba de apretar el paso de mi caballo para salir de él, pero sobrevino una tempestad de las que son tan frecuentes en aquellas ardientes comarcas. Forzoso me fué entonces buscar bajo los ár-

boles un asilo momentáneo.

Al resplandor de los relámpagos distinguí á no larga distancia, una especie de edificio que tuve por la cabaña de algun leñador. Encaminéme hácia aquella parte, pero á poco conocí que aquel lugar era una capilla dedicada al santo patron del bosque. Até mi caballo á una de las columnas del portico, y busqué á tientas el medio de abrir la puerta de aquella sagrada mansion; por desgracia mia, señoras, mis esfuerzos no fueron vanos. Encuentro el secreto y le hago jugar; la puerta gira sobre sus goznes, y me creo satisfecho. Yo pensaba haber hallado un excelente abrigo, mas apenas hube dado algunos pasos, siento ceder el terreno á mi peso, el suelo se abre, y me traga.

La caída no fué peligrosa, porque apenas habria siete pies de profundidad; pero no eché menos pestes contra mi suerte que me trataba de aquella manera. Encontréme sin heridas y en la mas completa oscuridad. Avancé, pues, poco á poco con precaucion, temiendo precipitarme en algun abismo, é inquieto por saber adónde me conduciria aquel principio de aventura. Sintiendo que el terreno se inclinaba en una pendiente insensible «vamos, dije para mí, despidámonos de la tierra, pues desciendo á la mansion de los

muertos.» Si estas vanas chanzas no mejoraban mi situacion, servian á lo menos para distraerme.

Despues de haber andado algun tiempo me hallé detenido por una puerta que abrí resueltamente, pensando que despues de haber cometido la primera imprudencia de descender á un lugar en que nada tenia que hacer, todas las demas serian consecuencias necesaria de ella.

En aquel momento un ligero resplandor me mostró á lo menos el camino, y distinguí á lo lejos una lámpara encendida colgada de la bóveda: como esto principiaba á tener apariencias de una aventura extraordinaria, puse mano á la espada, y me dirigí adelante, tratando de hacer el menor ruido posible.

Luego que hube caminado unos cien pasos, el súbterráneo se dividió en tres ramos, todos igualmente iluminados: tomé el de la izquierda, que me condujo á una escalera, que descendia aun mas el centro de la tierra. No juzgué á propósito bajarla, y volvi atrás para buscar las otras salidas. Tomé la primera que se me presentó, y esto, en lugar de arastrarme al imperio de los Gouinnos, me dirigió al pié de una escalera de caracol.

Resolvi pues seguir este nuevo camino que me dió entrada á un vasto recinto que reco-

noci, según las numerosas lápidas de que estaba revestido, por el lugar en que se depositaban los muertos. No dudaba que continuando mis investigaciones, encontraría una salida segura que me sustrajese de aquellas tristes bóvedas, en que á pesar mio sentía desfallecer mi valor.

Después de muchos pasos perdidos, llegué á una segunda escalera, mas ancha que la que yo habia subido: la franquéé rápidamente, y vedme de nuevo detenido por una puerta sólidamente cerrada. Por esta vez me obstiné en abrirla, y un golpe violento la conmueve al fin, y salta haciéndose astillas. Paso por ella, y me veo en una sala muy iluminada y rodeado de una docena de monges, no ocupados por cierto en rezar piadosamente sus oficios.

Mi súbita aparición introdujo el espanto entre aquellos buenos cenobitas: atemorizados con la venida de un desconocido que llegaba á ellos espada en mano, rompiendo cerraduras, y por un paraje por donde no se acostumbraba salir, viéndose sorprendidos en ocupaciones poco acomodadas á solitarios que afectaban una austera regularidad, arrojaron agudos gritos, y seguidos de los compañeros de sus orgías, huyeron precipitadamente.

Yo quedé, os lo confieso, casi tan asombrado como ellos. Mi primera idea fué volver al subterráneo, y tratar, si me era posible, de salvarme por la salida que daba á la capilla del bosque, pero reflexionando mejor, pensé que era mas conveniente ir adelante, no dudando que á precio de la discrecion que yo iba á prometerles, los buenos monjes me pondrian en mi camino.

Ocupándome en estas ideas, y esperando la vuelta de los religiosos que no debian tardar en reponerse de su terror, pensé en apaciguar el hambre que me devoraba. Escelentes manjares cubrian una mesa, anchos frascos contenian vinos que parecian esquisitos. Senteme pues sin separo, y principié á celebrar la comida preparada para otros antes que para mí.

Un cuarto de hora habia pasado, y nadie venia: ya principiaba á perder la paciencia, cuando oí un ruido de pasos, y ví paracer delante de mí lo selecto de la comunidad, una parte armada, y la otra llevando todo lo necesario para conjurar los espíritus del otro mundo. Mi súbita entrada habia conducido el doble temor de ladrones y de aparecidos.

No quedaron poco admirados de encontrar en lugar de un sangriento fantasma, un caballero tranquilamente sentado, que reparaba.

sus agotadas fuerzas: el mas valeroso de aquella tropa se adelantó temblando, y me preguntó qué me habia conducido al monasterio, y por dónde me habia introducido.

— «Venerables religiosos, les dije, yo me encuentro entre vosotros á pesar mio: tratando de guarecerme de la tempestad en el vecino bosque, ha entrado en la capilla que sin duda servís; el piso se ha hundido bajo mis pasos, y tratando de buscar una salida he llegado hasta aqui: yo os ruego me perdoneis, si contra mi voluntad he turbado la paz de vuestro retiro.»

Mi discurso tranquilizó á la comunidad: felicitaronme por mi buena suerte, y me invitaron á continuar mi comida: yo no me lo dejé de repetir, y os aseguro, señoras, que lo hice perfectamente.

Hablaban conmigo, y encontré en ellos unos monges muy amables: nada les dije de lo que habia entrevisto á mi entrada, ni nadie me lo recordó; por consiguiente, lo creí enteramente olvidado por una y otra parte.

Llegó, en fin, el momento de separarse: me propusieron aceptar una cama en el monasterio, y que se iria inmediatamente á buscar mi caballo al parage indicado: no deseaba yo otra cosa. Un lego tomó una gruesa vela de cera amarilla, y se preparó á acompañarme.

Saludé atentamente á mis huéspedes, deseáronme una buena noche, y me hicieron prometer que no partiría sin tomar el desayuno con ellos.

El aposento en que me colocaron era una torrecilla redonda; su mueblaje modesto, cual convenia al santo monasterio en que me hallaba: me acosté y no tardé en dormirme, vencido por el sueño y cansancio.

El dia brillaba con todo su esplendor cuando desperté: reconvíneme mi pereza, y vistiéndome apresuradamente me dispuse á salir de la celda: encontré la puerta cuidadosamente cerrada por fuera, y creyendo que habia sido por inadvertencia ó por precaucion, principié á llamar para hacerme oír.

Mas de una hora pasó sin que nadie pareciese: ya en fin oi acercarse un religioso, el cual abrió, no la puerta, sino un postiguillo que la misma tenia en el centro, y me preguntó qué queria.

—Pardiez! padre, le respondí, me haceis una pregunta bien singular; lo que quiero es que abrais; ya es hora de que yo marche, y he prometido á vuestros hermanos tomar el desayuno con ellos antes de montar á caballo.

—No es la cosa tan urgente, me replicó, y aun teneis tiempo de descansar: los padres

están en sus oficios: esperad que concluyan: tranquilizaos y ofreced al Señor vuestra impaciencia.

El miserable, dichas estas palabras, se alejó, dejándome confuso y mortificado con lo que acababa de decir. Entonces comprendí cuán grande había sido mi imprudencia en fiarme de aquellos religiosos: debía haber conocido que ellos no me permitirían llevar conmigo su secreto, porque las orgias que había interrumpido, habían puesto en mi poder la reputación de su convento.

Otras veces me entregaba á la esperanza, atribuyendo á la grosera imbecilidad de un sirviente la acción culpable de tenerme encarcelado; pero no tardó en decidirse mi suerte.

Después de misa, los superiores de la orden vinieron al postiguillo, y me dirigieron el discurso siguiente:

—Mi querido hijo, el cielo por la singular manera con que os ha conducido entre nosotros, parece haber querido mostraros el camino que en adelante debéis seguir. Sí, hijo mío, la Providencia en sus insondables decretos, quiere que tomeis el santo hábito de nuestra orden. Admitido á participar de los bienes que nos están destinados, vos podreis santificar vuestra alma, y salvarla de los pe-

ligros que en el mundo la amenazan, estos muros se han cerrado eternamente para vos! Ya no saldreis de ellos hasta haber recibido el carácter del sacerdocio: honores, una vida agradable os esperan, si admitis nuestra proposicion: una reclusion eterna os esta destinada, si la rehusais!...

—No, exclamé yo arrebatado de indignacion, no, miserable! yo no aceptaré jamás la infame oferta que os atreveis á hacerme! Qué! porque he sido testigo de vuestros desórdenes, quereis hacerme participe de ellos? Con que el sacrilegio debe ser el fin de mi conducta! Ah! arrancadme primero la vida! Si la palabra de un caballero no os satisface, yo os juraré por lo mas sagrado no divulgar jamás lo que una desgraciada casualidad me ha puesto en el caso de ver. Eso es todo lo que yo puedo hacer por vosotros; pero alistarme en vuestras banderas, jamás!

—En ese caso, me respondieron, id discuriendo medios para entretener el fastidio de vuestra soledad, porque no debe concluirse nunca.

Al concluir estas siniestras palabras se retiraron precipitadamente, y me dejaron entregado á mi desesperacion.

Todo el dia se pasó en la amargura de mi dolor, sin poder familiarizarme con la idea de

ver, tan jóven, limitada mi carrera para siempre. Traté, sin embargo, de recobrar algun valor, y no entregarme á un abatimiento, que podia serme mas funesto que toda especie de infortunio: en este estado vino la noche sin traer cambio alguno á mi suerte.

Suministrábanme el alimento por una lucerna interior, y en esta horrorosa situacion pasé ocho dias. De cuando en cuando venia algun religioso á inclinarme á vencer mi repugnancia de vestir su hábito: los unos me atacaban con un razonamiento despojado de todo artificio, haciéndome comprender que su seguridad, su reputacion, estaban en mis manos, y asi no podia esperar su libertad sino asociándome á ellos.

Otros tenian la osadia de hablarme de la felicidad futura de la bienaventuranza celestial: yo me burlaba de los primeros, agoviaba á los segundos con mi desprecio, y permanecia en mi prision sin que mi posicion mejorase en nada.

Una mañana, al salir el sol, distinguí por la pequeña reja de mi cuarto, que daba al campo, un grupo de ginetes, que parecia dirigirse al monasterio: su vista me hizo concebir esperanzas de libertad.

Los religiosos me habian proporcionado todo lo necesario para escribir. Apresuráme,

pues, á trazar un billete, en que decia que un noble francés, trovador de alguna nombra-día, se hallaba encerrado en aquella torre-ci-lla, víctima de la maldad de los monges de aquel convento.

Lié el bille en mi pañuelo con un ladrillo que pude arrancar del suelo, y cuando ví los viajeros bastante cerca, lancé mi paquete há-cia ellos: la distancia á que ya se hallaban de la torre me permitia ver el resultado de mi tentativa: detuvieron sus caballos, y despues de algunos minutos se hizo oir una voz, que pronunció esta palabra, resonando deliciosa-mente en mi oido: «Esperad.»

Deciros todo lo que yo esperimenté en aquel momento, seria en este imposible: la alegría me anonadó: mi corazon latia con tan estrema violencia, que me ví obligado á sen-tarme en mi cama. La incertidumbre en que me hallaba era horrorosa: en fin, el sonido de la campana colocada en la puerta principal del convento, llegó á hacerme comprender que mis libertadores pedian ser introducidos: largo tiempo tardaron en responderles. Un profundo silencio sucedió al movimiento que su llegada habia ocasionado. Poco despues el rumor de un violento tumulto penetró por las bóvedas de aquellos claustros, y yo creí oir una discusion a calorada entre los religiosos

y los viajeros. Bien pronto se aproximaron á mi prision, y yo entonces principié á dar gritos para indicar el lugar en que el mas injusto poder me retenia. Acudieron á él, y á golpes echaron la puerta abajo.

Los monges gritaban «*excomunion:*» mis libertadores se inquietaban poco de sus amenazas: yo me arrojé á sus brazos, y les referí rápidamente mis infortunios. Entonces fué euando cambió la escena. Los valientes caballeros que, hasta aquel momento, habian guardado alguna consideracion, no pudieron ya contenerse; amenazaron á los monges con los castigos mas ejemplares, asegurándoles que entre ellos se encontraba un sobrino del papa reinante, y que éste noble caballero emplearia su crédito con su tio para castigarlos eual merecian.

En efecto, era así; yo debia una parte de mi libertad á un próximo pariente del santo padre; pero el que mas habia trabajado, ya insistiendo en querer entrar, ya hablando á los monges, era el marqués de Levis. Desde aquel momento la amistad mas sincera se estableció entre nosotros: yo le estaba adieto por reconocimiento, y él no rehusó que mi guitarra resonase acompañando los cánticos guerreros que formaba para celebrar sus hazañas.

Dejé por fin el convento sin olvidarme de que me entregaran mi caballo, del cual se habia apoderado el P. Prior.

Luego que perdimos de vista aquel lugar detestable, el marqués Adolfo nos dijo. Apresuremos nuestra marcha, caballeros: yo creo que los religiosos buscarán medios de sublevar contra nosotros la comarca, lo que no les será difícil, con solo acusarnos de haber violado la entrada de su convento.

No se engañaba, pues a poco tiempo sonaba ya la campana á rebato; pero felizmente nuestra tropa era numerosa, y pudimos alejarnos sin contratiempo.

Algunos dias despues llegamos á Génova: yo queria ver despacio aquella inmensa y magnifica ciudad, y no sin sentimiento nos separamos de mis libertadores. El marqués Adolfo y yo determinamos recorrer el resto de la Italia. No entra en mi plan haceros la descripcion de nuestro viaje, qué fué sin embargo aprovechado; pero qué pueden interesaros las aventuras de dos jóvenes, que el uno le conoceis desde ayer, y el otro por su poco mérito?...

—Qué falsa modestia! interrumpió Odila; ó mas bien, qué pérfida destreza! Señor trovador, quereis tender un lazo á nuestra curiosidad; y bien! vuestra esperanza queda

burlada: nosotras no queremos saber los peligros que habeis corrido, los placeres que os habeis procurado: sabemos el orijen de vuestra amistad con el señor Adolfo, y hé ahí satisfechos todos nuestros deseos en este particular.

Dichas estas palabras, Odila se levantó é hizo á su amante una profunda reverencia. Viendo que Elfegia no hablaba, Arnaud Vidal creyó que una conversacion mas larga podria ser indiscreta, y tomó el partido de retirarse.



X.

Es necesario convenir, decia la jóven Adeline, hablando consigo misma, que ningun caballero es tan galan como ese jóven templario. Esta es acaso la vigésima vez que pasa por bajo de mis ventanas, y siempre me saluda con tanto respeto y gracia, que no admite comparacion: ciertamente seria muy impolítica si no correspondiese á su atencion. Con qué nobleza levanta su frente! con qué elegancia lleva el manto! Seguramente debe

ser de elevada clase, o a lo menos toda su persona lo aparenta.

—Qué miras, hija mia, con tanta atencion, la preguntó Aldrio Aldrici, que acababa de entrar en la sala?

—Estaba viendo á un caballero templario, que debe estar muy impaciente, porque hace lo menos una hora que espera en la calle á alguno de sus compañeros sin duda.

—¿Y no temes que continuando demasiado en mirarle, concluya por sospechar que es él el objeto de tu atencion?

—En efecto, padre mio, me ha visto en la ventana, me ha saludado varias veces, y yo he correspondido á su politica.

—Hija mia, á tu edad no se saluda á un caballero mas que una vez; si vuelve á pasar, es necesario retirarse.

—Así lo haré en adelante, padre mio; ¿pero conocéis vos á ese caballero? Mirad, aproximaos, por favor, que vuelve.

—No me es desconocido su nombre; se llama *Olderico de Montant*: su casa es de las mas ilustres de la provincia, y está empeñado en la orden del Temple con nudos sagrados que nada en el mundo escapaz de romper.

—¿Los templarios, padre mio, no pueden casarse?

— No, hija mia; un juramento solemne los liga, y no pueden prometer á otro la fidelidad que han prometido á Dios: todo empeño de su parte seria un sacrilegio, y toda inclinacion de que ellos fuesen objeto, seria un crimen.

— ¡Ah! padre mio, qué mal ha hecho ese señor de Montant en pasar tan frecuentemente por aqui!... ahora ya no me atreveré á mirarle!

— ¿Por qué, hija mia? ¿Qué te importa ese jóven?

— ¡Oh! si alguno dijese que ese templario no amaba ya á Dios!

— Seria sin duda una calumnia: pero créeme, no te ocupes tanto de semejante objeto, y todo lo que puedan decir, con respecto á él, no te causará la mas ligera inquietud.

Dicho esto, Aldrio cerró la ventana, y Adeline se retiró á su aposento á elevar por medio de la oracion sus pensamientos hácia el Criador.

Entre todos los caballeros del temple se distinguia sin dificultad al señor Olderico de Montant. Los proyectos de su familia le habian destinado desde la mas tierna edad á formar unos votos cuya estension no conocia. Olderico, dotado de las mas brillantes

cualidades, unia á ellas una talla aventajada y una fisonomía notable.

Hasta el dia en que los atractivos de la bella Adelina hirieron los ojos del caballero, su alma tranquila no se había quejado de sus deberes, no pareciéndole jamás difíciles de llenar; pero la vista de la hija de Aldrici encendió en sus sentidos una llama desconocida. Olderico conoció que tenia un corazón. Su primer impulso, cuando se convenció de este fatal descubrimiento, fué tratar de vencer un sentimiento á que no podia abandonarse. Oh! cuántas penas se habria evitado, si hubiese podido dominar aquella pasión naciente que en lo sucesivo debia hacerle sufrir tan crueles efectos?

Por primera vez fué á buscar algun consuelo al lado del gran prior. Despues de algunos dias se hallaba enfermo Antonio d' Aigremont: ignorábase la causa de su mal. pero el dia siguiente al en que hizo celebrar en la iglesia de la Dalbada el oficio fúnebre por el descanso del alma de la princesa Ethelmunda d' Armagnac, al entrar por la mañana sus criados en el aposento, le encontraron tendido en el suelo sin conocimiento: apresuráronse á ponerle en su lecho, y estuvo largo tiempo en un estado de delirio tal, que el caballero Mesalvo, el mas íntimo de sus ami-

gos, como ha habido ocasion de conocer, hizo retirar de su lado á todos aquellos cuyo servicio no era de indispensable necesidad. Se aseguraba que el gran prior en su delirio habia proferido estrañas palabras; pero ninguno se atrevia á repetir las por el terror que inspiraban.

Cuando el señor de Montant se presentó para ser admitido á su presencia, Antonio estaba mas tranquilo; su razon estaba enteramente restablecida, y hablaba con sus caballeros sobre los negocios políticos de Europa. Esperábase entonces un rompimiento próximo entre Felipe, rey de Francia, y Eduardo, rey de Inglaterra. La intermediacion de Tolosa á las posesiones inglesas en el ducado de Guiena, hacia temer que esta ciudad fuese el primer blanco de las empresas del rey de la Gran Bretaña. Este objeto ocupaba todos los espíritus. El Veguer de Tolosa, los capitulares, el obispo de la ciudad, todos estaban al lado del gran prior del temple para conferenciar con él sobre materia de tanta importancia.

Decidióse que era necesario poner la ciudad en estado de defensa, ceptar la parte de las fortificaciones que tuviese necesidad, y designar gefes que pudiesen asociarse al senescal para para ayudarle en semejantes trabajos. Entre los que se propusieron no fué ol-

vidado el marqués de Levis. Este nombre pronunciado delante del altanero d' Aigremont, le sacó repentinamente del anonadamiento en que parecía sepultado: con una inflexion de voz irónica, preguntó si Tolosa no encerraba en su recinto mas valientes caballeros, y si para defenderla se verian reducidos á buscarlos en las ciudades inmediatas. Semejante discurso admiró á todos los que le oyeron: la sorpresa fué general. La antigua casa de Levis, aunque establecida hacia poco tiempo cerca de Tolosa, no por eso era menos considerada; eran sabidos los justos respetos debidos á los ilustres mariscales de la fé, y ninguno de la asamblea hubiera encontrado extraño que entre los defensores de Tolosa se colocase en primer término al marqués de Levis. Sin embargo, por miramiento al gran prior no se le respondió; mas no dejó de decidirse en secreto que el caballero Adolfo seria invitado á prestar el apoyo de brazo y de sus tropas. Poco á poco se fueron retirando todos, y d' Aigremont quedó solo con Isarn de Mesalvo.

— En fin, le dijo este; están enteramente calmados vuestros padecimientos? Cuántos cuidados me han causado! y cuantas veces vuestro delirio ha comprometido nuestros importantes secretos!

—Vos me alarmais, amigo mio! Seria posible que mi boca hubiese podido revelar á pesar mio, unos misterios que deben quedar envueltos en eterna noche? Ay de mí! mi querido Mesalvo, no deberia admirarme eso, porque he visto cosas tan espantosas, que nada en adelante puede ya sorprenderme. Luego que mis fuerzas, agotadas por la larga abstinencia que mi estado necesitaba, se hayan reparado, bajaremos á los terribles lugares en que puedo esperar algun socorro. Mesalvo! ¡Se me ha aparecido, he visto á esa mujer cuyo amor he recompensado tan mal!

Se ha presentado á mi vista en aquella noche terrible en que unas palabras funestas pronunciadas á nuestro lado, principiaron á llenar mi corazon de espanto. Ella tenia una copa llena de veneno... me la presentó murmurando la frase de *última fineza*, y desapareció en seguida.

—Lo que me decís, señor, me parece incomprendible. Yo me persuado que vuestra imaginacion herida con los tristes objetos de aquella mañana, se ha representado unas formas, que vuestros ojos conocian tan bien. (*A este tiempo se hizo oír un largo y profundo gemido.*)

—Y bien, Mesalvo, soy tambien ahora el juguete de mi imaginación?

—Podemos serlo de la imprudencia ó de la perfidia. Dejadme el cuidado de aclarar este misterio.



XI.

Las pesquisas del señor de Mesalvo fueron enteramente infructuosas. Un profundo misterio envolvía los medios de que se valían para introducir el espanto en el alma del gran prior de Tolosa. Él no podía, sin embargo, resolverse á creer que un poder sobrenatural estuviese trabajando para encender remordimientos en el corazón culpable de Antonio d' Aigremont. Olvidaba él mismo, en aquel momento, las apariciones de que había sido testigo en el antiguo castillo de Montgiscard, y el espanto que en aquella ocasión no pudo menos de experimentar.

Sin averiguar, pues, nada satisfactorio vino á dar cuenta á su amigo, de los cuidados que se habia tomado para complacerle. A pesar de todo su valor y su instruccion, el gran prior se inclinaba á creer que un poder superior al de los hombres, habia obrado en aquellas últimas circunstancias, y esta idea funesta le tenia agoviado. Dirigiendo entonces, como á pesar suyo, una ojeada desconfiada hácia su pasada vida, tropezó con un encadenamiento tan largo de crímenes, y de acciones vergonzosas, que, lejos de arrepentirse, se preparó al inevitable castigo reservado á sus delitos por la justicia divina, se decidió á recorrer (seguro ya de su reprobacion) toda la carrera del mal, en que se encontraba tan avanzado.

En tanto que sepultado en estos sombríos pensamientos, olvidaba al mundo y á Mesalvo, este le advirtió que un desconocido llegado en aquel momento de Roma, solicitaba hablarle reservadamente. Antonio se sobresaltó á este anuncio; pero recobrando bien pronto sus sentidos enagenados un momento, mandó introducir al incògnito. Mesalvo hizo ejecutar esta órden, y se retiró respetuosamente.

—Señor templario, dijo el recien venido sacando de su seno un grueso paquete, hé aquí las credenciales que os harán conocer

quién soy, y os indicarán el grado de confianza que en mí debeis tener.

D' Aigremont, deseoso de conocer al que le dirigia semejante lenguaje, se apresuró á romper el sello de los papeles que le entregaban, y encontró con asombro un breve del papa, y una carta firmada por el mismo pontífice, dirigida á él en particular, derogando con esto el uso constante de que todas las órdenes del santo padre debian ser trasmitidas por solo el gran maestre á los caballeros del temple.

Lisonjeado d' Aigremont con esta prueba de confianza, leyó con la mayor reflexion. El soberano pontífice le comunicaba la historia de sus contiendas con el rey de Francia, los ultrajes sin número con que le habian atropellado Nogaret y Sesarra, sin otro motivo que su amor á la fé: el invitaba á los templarios á que se le uniesen para defender la causa de la Iglesia, violentamente amenazada en su libertad: que esperaba ser secundado por d' Aigremont en todo cuanto creyese deber emprender, contando con su celo, sus talentos y los inmensos recursos que tenia en sus manos: en fin, despues de hacerle entrever la plaza de gran maestre de la órden, le empeñaba á ponerse de acuerdo con el eclesiástico, portador de aquellos despachos,

hombre decidido por los intereses del pontífice romano, y para decirlo de una vez, el gran vicario Bernardo de Saisset, obispo de Pamiers.

D' Aigremont, concluida su lectura, guardó un momento de silencio. Era demasiado sagaz para aventurarse así, sin otros datos que una carta; por lo tanto, manifestando hacer un gran misterio de ella, preguntó al gran vicario si conocía su contenido.

—Estoy tan enterado de él, le respondió, como instruido de las particularidades de vuestra vida. Yo estaba en Nápoles hace muchos años, en ocasion en que murió una muger, verdadero modelo en su sexo, llamada entre los ángeles *Blanca* y sobre la tierra la princesa de Mont...

—Bastante habeis dicho, padre, le interrumpió d' Aigremont, para convencerme de cuanto merecis mi confianza: pero, por Dios! que no os suponía yo con noticias tan estensas. Acabais de hablarme de un tiempo, cuya memoria, hoy mas que nunca quisiera borrar de mi imaginacion. Ay de mí! arrebatado por el fuego de la juventud, yo estaba entonces sin freno, al paso que ahora...

—Iba a proseguir, cuando su conciencia, desarrollando prontamente el cuadro de su vida presente, le separó de la idea de alabarse.

—Mucho celebros, replicó el eclesiástico, que podamos entendernos tan fácilmente. Estad persuadido de que trabajando por los intereses de Bonifacio VIII, los vuestros no serán echados en olvido. El cielo mismo os prepara ya una parte de la recompensa que os destina: mi llegada á estos lugares va á preservaros de un inminente peligro de que seriais victima, si yo no os advirtiese de él.

—Vuestras palabras me llenan de admiracion: de qué riesgo estoy amenazado? Tendria yo envidiosos conspirando en las sombras contra mi persona? Yo me creia aquí superior á sus golpes.

—Los italianos, señor, bien lo sabeis, son hábiles en conservar su odio: se les ve preparar lentamente su venganza, esperar, sin precipitar nada, el momento favorable de asegurar su ejecucion, pero jamás renunciar á ella.

—Y bien! habria alguno que quisiese castigarme por mi conducta pasada? y mis amigos de Roma tendrian tan poca vigilancia que no supiesen burlar los sordos manejos de la calumnia?

—No es en Roma donde se trata de perjudicaros: vuestros enemigos están en Tolosa, y al entrar en este palacio acabo de encontrar al mas formidable de todos.

—Vuestras proposiciones me llenan de impaciencia por obtener esplicaciones mas terminantes. Cuál es ese enemigo? qué injuria, sobre todo, tiene que vengar?

—Su nombre solo bastará para decíroslo todo: es el hermano de la desventurada Blanca.

—Qué me decís? estais seguro de ello? luego me he engañado yo mismo.

—Aunque hace muchos años que yo no he visto su lisonomia, está demasiado presente en mi memoria, para que yo me haya equivocado. Os lo repito, en este mismo instante acaba de ofrecerse á mi vista, pero disfrazado; no adornado con los distintivos de su rango, ni rodeado de aquel séquito que en Nápoles le hacia notable por su fausto. Su vista no ha podido menos de chocarme: iba solo, andando á paso lento, ocupado sin duda en sus designios: sin ser de él notado, he podido examinarle á mi satisfaccion, y me he convencido de la identidad de su persona. Este reconocimiento, señor caballero, me ha conmovido sobre toda espresion. Muchos años han trascurrido despues que este italiano ha abandonado su patria: la fama habia difundido generalmente la historia de su familia y de sus propias desgracias: no se le creia ya en el número de los vi-

vientes, y ciertamente es necesario que su odio hácia vos sea muy poderoso, cuando le ha empeñado á pasar una vida, acaso miserable, pero con la esperanza de poder algun dia atravesaros el corazon. Ah! si su a'ma irritada anhela castigaros por vuestras faltas pasadas, yo tambien tengo que perseguirle por una causa, en cierto modo semejante. El me ha arrebatado en Nápoles mi reputacion, me ha hecho arrojar de una casa en que esperaba hacer mi fortuna: juzgad, pues, cuántas gracias debo dar á la casualidad que me proporciona al mismo tiempo salvar vuestros dias si trata de abreviarlos, y poder con vuestra asistencia castigarle del mal que me ha ocasionado su inflexible virtud.

—No lo dudeis, hombre del Señor! yo sabré tomar vuestra defensa, y si ese mortal es efectivamente el que habeis nombrado, es indispensable que él ó yo desaparezcamos de sobre la tierra! Voy á buscar los medios de asegurarme de la verdad; ya habia yo creido reconocerle; vuestra opinion sobre este punto acaba de fijar mi incertidumbre: creed que muy en breve el objeto de nuestras inquietudes cesará de atormentarnos; pero por ahora ocupémonos de otro cuidado, pensemos en cumplir la voluntad del papa.

Yo estoy pronto á servirle con todo mi poder; solo quisiera evitar el comprometerme hasta el momento en que, sin demasiado peligro, pueda abiertamente declararme por él.

—He! qué teneis que temer marchando bajo las banderas del pontifice? Creeis que aquel cuyos rayos atemorizan al rey de Francia, no podrá garantizar de todo riesgo al gran prior de Tolosa? Persuadios de su poder, no dudeis de él, y triunfareis de todo. Ya ese mismo Felipe, tan soberbio, principia á conocer el miedo: él desaprueba las empresas de sus emisarios en Italia, y tiembla ver al emperador y á los reyes de Inglaterra, de Aragon y de Castilla, reunirse para vengar las injurias prodigadas á la santa sede. Yo me engaño mucho, si dentro de pocos dias no vemos á la Francia en una conflagracion devastada en el interior por la guerra civil, y amenazada por fuera por las numerosas falanges de sus adversarios.

D' Agremont, arrastrado por la vehemencia de este discurso, prometió al enviado de Bonifacio buscar todos los medios de servirle útilmente: empeñóse con él á reunir dentro de pocos dias el gran consejo de la orden en el gran priorato de Tolosa, avisándole en aquella época, y que ademas no olvidaria

tampoco la promesa que le habia hecho á él en particular, de libertarle del enemigo, cuyas empresas debian temer los dos igualmente.

Concluido este discurso, invitó al gran vicario á descansar algun tiempo á su lado; pero este le dió gracias diciéndole que debia pasar inmediatamente á Pamiers, donde le llamaban asuntos interesantes. Despidióse en seguida del gran prior, quien habiéndole conducido por una escalera secreta, le acompañó hasta dejarle fuera del palacio.

La conversacion que acababa de tener con Bernardo le pareció muy favorable: este italiano le sacaba de su incertidumbre, y le designaba una víctima que deseaba con impaciencia inmolar. Mesalvo no estaba á su lado en aquel momento, y quiso mandarle llamar; pero habiendo levantado la voz varias veces, nadie le respondió. Sorprendido de no ver su antesala poblada de sus pajes ó sus escuderos, se dirigia rápidamente á la gran galeria, cuando de repente encuentra delante de sí un religioso benedictino, que con su presencia imprevista le admiró de tal modo, que le preguntó en tono irritado qué venia á hacer en el Temple, y á quién pretendia hablar.

—A vos, le dijo el cenobita, envuelto siem-

pre en su ancho ropaje.

El sonido de aquella voz, que no le era desconocida, le paró por de pronto, pero recobrando muy luego su acostumbrado orgullo le replicó que habia pasado la hora de audiencia, y que en aquel momento negocios importantes no le permitian recibirle.

—Vuestras ocupaciones, cualesquiera que sean, respondió tranquilamente el religioso, no pueden importar mas que vuestra salvacion.

—Salid pronto! exclamó d' Aigremont enfurecido; habeis venido aqui para insultarme?

Despues volviéndose a los guardias, que habian en fin acudido á las voces de su señor, les mandó despedir al indiscreto monge.

—Antes de espulsarme ignominiosamente, continuó este, siempre con la misma calma, conoce á lo menos d' Aigremont á la persona á quien haces tan indigno ultraje.

Dijo, y levantando lentamente su capucha, le mostró un semblante noble, pero macerado por la austeridad. A esta vista, el gran prior sorprendido y confuso al mismo tiempo, exclamó:

—Es posible, señor! os vuelvo á ver, despues de haber llorado vuestra pérdida tantas veces? Ah! permitid que mis brazos os prueben la confusion que me inspira mi con-

ducta con vos.

—No, d' Aigremont, no os escuseis, no trateis de disfrazar vuestro carácter, vos, única causa de mis desgracias, no añadais el disimulo á la perfidia.

—Qué reconvencion!...

—No la mereceis? No era yo padre, y no tengo el derecho de preguntaros qué habeis hecho de mi hijo?....

Esta interpelacion hecha en público llenó de confusion al templario: trató pues de llevar consigo al que se la hacia, al interior de su aposento, lo que consiguió sin dificultad.

—Con pesar os he hablado con tanta energia en presencia de vuestras gentes, le dijo el benedictino; el cielo sabe que no era esa mi intencion; pero con vuestra repulsa, vuestro profundo disimulo, habeis agotado un instante mi paciencia, y mi justo dolor se ha derramado, cuando debería contenerse en mi seno: d' Aigremont, vais á intentar defenderos; no os tomeis ese trabajo; creed que conozco toda la verdad. Vuestros pérfidos consejos, vuestros ejemplos mas culpables aun, han arrastrado á mi desventurado hijo á un abismo en cuyo fondo ha encontrado la muerte. En él se ha estinguido una raza ilustre, de que hubiera sido ornamento si no os hubiese conocido. Yo he asistido á sus últimos mo-

mentos; he recibido sus postreras revelaciones, y lejos de intentar castigaros, como sin duda lo mereciais, yo he querido en el retiro (iluminado por nuestra sagrada religion) rogar por vos á aquel Dios de misericordia, que vuestros escesos, trocarán en fin en un Dios terrible y vengador inexorable. No soy yo el único que le implora en vuestro favor; hay un ser que hoy no se cuenta ya en el número de los vivos, cuya tierna solicitud vela sobre vos, aun en el reposo de la tumba que la encierra, y en su nombre es en el que vengo á hablaros.

—No sé qué debo pensar de semejante proposicion, dijo d' Aigremont turbado: sin duda tengo reconvenciones que hacerme con respecto á vuestro hijo; pero en su hora suprema no ha escuchado demasiado su resentimiento, cargándome á mí solo con el peso terrible de sus iniquidades?

—Dejemos á mi hijo, d' Aigremont, no nos ocupemos sino de vos solo! Vos vivís, vos estais aun en la flor de la edad, teneis abierta una brillante carrera; los honores se amontonan sobre vos; no hay en vuestra órden dignidad por alta que sea, á la que no podais llegar; vuestro valor, vuestros talentos nada comunes, encubren con un esplendor sin igual los defectos que se anidan en vuestro

corazon. Pensad en aprovechar esos favores de la fortuna, ó mas bien de una celestial Providencia, deseosa de colmaros de sus beneficios: volved á entrar en vos mismo, deplorad los males que habeis ocasionado, derramad abundantes lágrimas sobre las numerosas víctimas que os acusan de su perdicion, y no desecheis en fin, los consejos de la mas ilustre y mas desventurada de las mujeres.

Hablando así, el religioso ofrece á d' Aigremont una carta, y no bien hubo visto este último su sello, cuando arrojando un profundo suspiro, y levantando al cielo sus ojos bañados de lágrimas, se vió precisado á sentarse, por no poder sostenerle sus vacilantes rodillas.

El beneditino entonces le contempló con dulce piedad, y pareció regocijarse por el rayo de gracia que creyó ver descender en aquella hora, al corazon impasible del templario.

Este no se apresuraba á romper la cubierta, y guardaba un profundo silencio, interrumpido, en fin, por el testigo enternecido de esta estraña escena.

— Querido d' Aigremont, ¿qué debo esperar del estado en que os ha sumergido el último recuerdo de una princesa desventurada? Obra bastante sobre vos para principiar

vuestra oracion? Apresuraos á leer lo que os dice, para que yo pueda añadir á ello lo que de viva vos me dijo en sus últimos momentos.

—Ah! por favor, callad, tio mio, exclamó d' Aigremont fuera de si; venis á comenzar el suplicio á que estoy destinado? No, yo no puedo escucharos; cada palabra vuestra seria un rayo que me atravesaria: no espereis verme leer el horroroso escrito que me presentais. Seria yo tan insensato que tratase de arrojarme por mí mismo á una desesperacion sin límites y sin fin? Ella ha sufrido la suerte comun á todos los mortales: ya no existe; qué quiere de mí todavia? No es bastante oír sus amenazantes gritos, ver su sombra irritada vagar en torno mio? Debe con sus palabras acabar de trastornar mis sentidos, abatir mi alma, y anonadar mi valor? No, os lo repito, llevaos otra vez esa carta fatal, que mis ojos jamás tendrán fuerza para recorrer.

Agoviado con lo que acababa de decir, d' Aigremont se levantó impetuosamente de su asiento, y trató de salir de la sala; pero el noble Gilberto, su tio (porque era él, que conmovido del fin prematuro de su hijo único, habia abandonado el mundo, y sin advertir á sus parientes, habia tomado el hábito en un monasterio de benedictinos quince años hacia)

le detuvo preguntándole si no encontraba en su alma bastante esfuerzo para leer un simple escrito, al paso que habia tenido el suficiente para destruir la felicidad de la que le escribia!

Empero, habiendo d' Aigremont reflexionado sobre su conducta, apreció toda la inconsecuencia de ella, y tomando una violenta resolución, recogió la carta que habia dejado caer, rompió precipitadamente el sello, y con una voz en tanto débil y en tanto trémula, la leyó en estos términos.

«Adios, d' Aigremont; voy á morir! y aunque el dolor haya debido abreviar mi vida, me parece que una causa ignorada apresura este fatal momento. Yo muero! y vos no estais á mi lado! Y voy á parecer sin vos, ante aquel que pedirá una cuenta severa de mi conducta pasada, y no podré disculparme sino acusándoos. Jamás en mi vida habria podido decidirme á maldeciros; pero sé yo si al otro lado de la tumba se conservan nuestras afecciones? y es posible ademas emplear la mentira ante el Dios de todas las verdades? Un mal súbito me ataca; los principios de mi vida están disueltos: yo experimento los mas atroces dolores, y el hombre sábio que me asiste, parece querer ocultarme su horrorosa admiracion. Qué causa, pues, me dá la

muerte? No sería natural?...

Aquí d' Aigremont se detuvo: su semblante estaba desencajado; sus dientes se chocaban con violencia; todo su ser retrataba el extravío y el espanto. Parecía que esperaba una palabra de consuelo, de animación acaso; pero su tío Gilberto estaba inmóvil, ocupado de los pensamientos del cielo, y parecía ajeno á todo lo que pasaba en la tierra. En aquel momento, en que el templario manifestaba tener tal necesidad de socorro, le pareció tan sujeta esta, sin duda el alma del culpable á herirse á sí misma, que la sola voz cuyos sonidos debía temer, le decía casi á su oído estas aterradoras palabras:

«Prosigue d' Aigremont, bien puedes leer mi carta; no he bebido yo el veneno que tú me has enviado?»

El mundo, desmoronándose todo entero á los pies del caballero, no hubiera producido en él la milésima parte del espanto que entonces experimentó: su rostro cambiaba alternativamente de color: un sudor frío corría rápidamente por todo su cuerpo, y su sangre casi helada, refluyendo sobre su corazón, le ocasionó indefinibles dolores. Empero, no oyendo ya nada, no viendo en la continencia del santo religioso la prueba de que una voz sobrenatural se hubiese hecho

cir, se lisongeo de haber sido víctima de una siniestra ilusion, y recobrando un poco de energia, prosiguió en estos términos su lectura:

«Felizmente para mi, á pesar de la violencia de mis dolores, he tenido tiempo de arrepentirme, y de recibir el perdon saludable que lavando todas mis faltas, me hace esperar en la misericordia del Señor. Ah! qué hubiera sido de mí, si me hubiera visto obligada á parecer, sin este preservativo ante aquel juez formidable, en cuya balanza se pesa todo con tanta imparcialidad! D' Aigremont! en el momento en que voy á romper, lejos de vos, todos los lazos que me unian á la tierra, dad crédito á los avisos de una tierna amiga: apreciad como ella los errores de este mundo: volved en vos: sed bueno, virtuoso, y que la Santísima Virgen, mi protectora, os escuche en vuestro arrepentimiento! Ah! pueda ella misma obtener para mí de su augusto hijo, la última gracia que me atrevo á pedirla. Esta es que despues que mi alma haya abandonado su prision terrestre, cuando yo pueda velar sobre vos, rodearos de mi ternura, y no dejaros, sino en el término en que os reuniéscis á mí para siempre... Pero qué trasporte me arrebatá! qué consoladora vision se me aparece! No, d' Aigremont,

yo no os dejaré ya; el cielo concede esta ventura á mi súplica: yo muero y vuelo á habitar los lugares en que estais. Adios! Adios! no tardareis en volver á verme!!!»

Esto era demasiado para d' Aigremont: en vano estaba endurecido en el crimen: era imposible contemplar estas líneas proféticas, sin sentirse profundamente conmovido, recordando las apariciones que habian afligido sus sentidos. Pensando en la atroz perfidia con que él mismo habia cortado los destinos de aquella mujer que le mostraba tanto amor, no podia dejar de despreciarse interiormente; y la presencia de su tío, desgraciado tambien por su causa, acababa de desesperarle. Disimulando, empero, con arte, una parte de lo que experimentaba, temiendo largas exhortaciones de boca del venerable Gilberto, fingió un anonadamiento estremo, y le pidió permiso para retirarse á su aposento. El anciano no desconoció este efugio, se persuadió que su sobrino no estaba aun en el punto que él deseaba, y encerrando su dolor en si mismo, consintió gustoso en separarse de él, significándole al mismo tiempo que se volvía á su convento.

El templario, disgustado en esta partida precipitada, trató de retardarla; pero asegurándole su tío, que separado hacia algun tiem-

po de su humilde retiro, le era indispensable restituirse ya á él, d' Aigremont, quiso á lo menos conocer el monasterio que encerraba á un cenobita tan recomendable por sus virtudes, como por lo ilustre de su nacimiento; y no sin alguna satisfaccion, supo que la mansion de Gilberto era en la abadía de los benedictinos, situada no lejos del castillo de Montgiscard. Separáronse pues.

Pero este dia debia ser para el gran prior, enteramente empleado en cosas extraordinarias.

Los criados d' Aigremont esperaban la partida del religioso, para introducir un caballero llegado de Paris, portador de órdenes del rey de Francia, dirigidas á todos los gefes de las órdenes militares establecidas en al reino.



XII.

FELIPE les recomendaba rechazar con desprecio todas las bulas ó breves emanados del soberano pontífice, á quien trataba de herege y de simoniaco, queriendo que lejos de obedecerle, se detestasen sus mandatos, terminando con terribles amenazas contra todos aquellos que tuviesen la temeridad de desobedecerle. El tono altanero de estas cartas hirió el orgullo d' Aigremont: él encontró cierto placer en ponerse en pugna con su señor, y lejos de someterse á sus insinuaciones, fué este un motivo mas para ligarse con el

papa: tan dispuesto estaba este espíritu altivo á seguir la senda del mal y á levantarse contra todo lo que parecia atentar á su autoridad.

La misma noche recibió tambien la visita del duque d, Auvillars: este, siempre ocupado del esplendor de su casa, queria elevar á los primeros cargos de la órden del Temple, al vizconde Aquiles, uno de sus hijos. Muchas veces el gran prior le habia hecho promesas que no habian tenido cumplimiento; y ahora el duque venia á rogarle se explicase abiertamente con él. Gozoso de poder estender su imperio sobre aquella ilustre casa, recordando mas que nunca los encantos de la seductora Elfegia, y queriendo deslumbrarse con respecto á la distancia que los separaba, el gran prior del temple respondió favorablemente al duque: repitióle las seguridades que de antemano le habia ofrecido acerca de su hijo.

—Pero, señor, añadió, permitidme haceros la observacion de que es una costumbre sagrada entre nuestros caballeros, y de que ninguno puede separarse, que los aspirantes á nuestros honores deben tomar su alimento entre nosotros: es indispensable admitirlos desde luego á nuestras asambleas, á nuestras ceremonias, á fin de que tomen el gusto

á ellas, se acostumbren y se identifiquen enteramente con aquellos de quien pretenden hacerse hermanos. Vuestro hijo, sin embargo, no se ha presentado aun en el Temple: inscrito en la lista de mis novicios, nosotros no conocemos todavía mas que su nombre. Hé ahí, os aseguro, las causas principales de las dilaciones que sufre: en vos está decidir, si se ha de poner término á ellas, llenando todos los deberes de la carrera que quiere emprender.

Encantando el duque de la franqueza con que se acababa de hablarle, confesó su yerro, y prometió conformarse en todo á las reglas del Temple: obligóse á enviar desde el dia siguiente su hijo al número de pajes del gran prior, y se retiró halagándose con la idea de la grandeza futura del vizconde Aquiles.

La hora del retiro acababa de sonar, y Mesalvo no parecia. Imaginó d' Aigremont que acaso habria descendido á los aposentos secretos del Temple, cuya vasta estension se prolongaba muy lejos bajo los subterranos de la torre de san Juan: no pensando aquella noche en ir á reunirle, porque su espiritu no estaba en el momento preparado á los insignes placeres que se disfrutaban en aquellos infames lugares, se decidió á acostarse,

encargando á sus sirvientes advirtiesen á Mesalvo se le presentase al levantarse el dia siguiente.

El templario fué esacto en obedecer la órden de su superior: luego que este le vió, se apresuró á referirle los diversos acontecimientos de la vispera. La venida del gran vicario, del obispo de Pamiers, llenó de gozo al malvado italiano, previendo para su protector y para él, un aumento de crédito y grandeza; y siempre lleno de los principios ultramontanos, le empeñó á adherirse á Bonifacio VII, único dispensador, segun él, de todas las gracias, de todas las riquezas.

Los mandatos del monarca francés no le inspiraron mas que desprecio, y aseguró á d'Aigremont que los templarios dependian solamente del papa, fuera de cuya autoridad no estaban obligados á respetar ninguna. Convinieron, pues en difundir estas opiniones entre los miembros de su órden, en la que por desgracia, tenian demasiados partidarios.

La historia de Gilberto admiró tambien á Mesalvo, estrañando solamente que hubiese conservado tanto tiempo la carta, y no se hubiese apresurado á entregarla inmediatamente despues de la muerte de Ethelmunda. D'Aigremont no pudo darle esplicaciones en

este punto, en el cual no habia reflexionado, y por consiguiente no lo habia preguntado á su tio. En tanto que así conversaban, sonó la hora de la misa, y el gran prior, hipócrita consumado, estaba distante de querer faltar á la asistencia de este acto solemne de nuestra religion: apresuróse, pues, á presentarse, y sus ojos errantes por la iglesia distinguieron al desconocido tan fatal para él, al italiano, cuya presencia temia, arrodillado frente al altar, y dirigiendo alternativamente terrible miradas á Mesalvo y á él. Mesalvo lo advirtió igualmente, y en su cobarde corazón el sentimiento del temor se levantó con todas sus angustias y sus sobresaltos.

Terminado el santo sacrificio, los templarios salieron de la capilla, y acompañando al gran prior, á quien precedian, subieron dos á dos la grande escalera hasta la galeria: allí ordinariamente d' Aigremont se despedia de sus caballeros por una simple inclinacion de cabeza, y en seguida cada uno, retirándose á su celda, iba á ocuparse en sus negocios ó en sus placeres. Aquel dia d' Aigremont mas afable, se detuvo á hablar con los principales oficiales. Una conversacion bastante animada se habia suscitado entre él, Breus de Saint Har, Joaquin de Barras y algunos otros, cuando se sintió ligeramente tocado en el hombro:

sorprendido de una muestra de familiaridad tan singular, y á la que estaba poco acostumbrado, se volvió inflamado de cólera; pero cuál sería el grado de su asombro, cuando en lugar de ver un caballero ó uno de los grandes del reino, reconoció al ciudadano Aldrio Aldrici en su modesto traje!

No ignorando la altivez de su superior, los templarios esperaban una escena desagradable, pero no fué así, d' Aigremont pareció confundido, tartamudeó algunas palabras apenas inteligibles, y al mismo tiempo Mesalvo, que habia seguido con los ojos estos diversos movimientos, dijo en alta voz, señores el gran prior está ocupado, y yo os invito á retiraros. Estas palabras fueron suficientes para que no quedara ninguno, pero la curiosidad de muchos fué completamente burlada. Mesalvo lejos de retirarse con los demás los acompañó hasta la puerta, y habiéndola cuidadosamente cerrado se aproximó á d' Aigremont.

—Perdonad, señor caballero, si os incomodo, le dijo Aldrio Aldrici con un aire bastante desembarazado, al traves del cual se veia sin embargo penetrar la espresion de una indignacion concentrada; pero de vos mismo espero mi excusa. Jamás hubiera yo pensado en interrumpiros, en parecer sobre todo delan-

le de vos, demasiada distancia nos separa, y si la franqueo es solamente por obedeceros. Este caballero en quien encuentro, si es necesario confesarlo, una desagradable semejanza, con cierto mal sugeto conocido mio, me habló hace algunos dias de parte vuestra, rogándome le designase los indigentes vergonzosos de la parroquia de la Dalbada: li-sonjeado de verme elegido por vos, le prometí servirlos con inteligencia; y en efecto, sin perder instantes, he tomado séguros informes, tanto de nuestros dignos vicarios y curas, como de varias personas piadosas reunidas en una santa cofradia. El éxito ha correspondido á mi esperanza, los infelices se han presentado en gran número, y ahora vengo á saber si vuestro tesorero está dispuesto á poner en mis manos las sumas necesarias, porque no dudo conservareis las mismas caritativas intenciones.

Aldrio Aldrici hubiera podido hablar mucho mas, sin que el gran prior pensase en interrumpirle. Estaba tan asombrado de ver delante de sí al hombre que tantos motivos tenia para temer, tan admirado de su aire libre, de sus palabras irónicas que, cuando menos, casi se persuadia que una vision heria sus miradas con una apariencia engañosa. A la verdad el pensamiento de socorrer á los

menesterosos estaba bien lejos de él. No obstante, le parecía difícil salir de aquel paso, en que Mesalvo le había colocado por demasiado celo en su servicio: este, igualmente confundido, pero creyendo libertarse por la audacia, imaginó tomar cierta elevación de tono, y aturdir al ciudadano con toda la dignidad de un caballero del temple.

—Honrado ciudadano, le dijo, vuestro poco uso del mundo no os ha dejado reflexionar cuán inoportuno era venir sin haceros anunciar, á interrumpir al gran prior en medio de su conferencia con sus caballeros. Sin duda tiene formado el proyecto de socorrer la miseria de los barrios inmediatos, pero no me parece la cosa tan urgente, y además antes de entregaros las sumas considerables que destina á esas buenas obras, necesita conoceros más.

Poco admirado Aldrio de semejante apóstrofe, le replicó con indiferencia: «O vos me engañasteis el otro día, señor de Mesalvo, ó haceis hablar ahora á vuestro superior, sin haber tomado antes su consentimiento. A qué fuisteis á mi casa, si yo no os era bastante conocido para confiarme vuestras liberalidades? Y por qué ahora me haceis la afrenta de dudar de mi integridad?

Este argumento no tenía réplica, y así

Mesalvo, á pesar de su descaro, quedó confundido. D^e Aigremont se compadeció de su embarazo, y queriendo salir á su socorro, dijo á Aldrio: «No permita Dios que mi amigo haya tratado de ofenderos ó engañaros: él se ocupa solo del cuidado de mis intereses, y su calor en esta circunstancia no proviene de otro motivo.»

Hablar de este modo, y no decir nada, era casi una misma cosa; por lo tanto Aldrio Aldrici observando su ventajosa posición, no quiso perderla. «El señor Mesalvo finge no conocerme bastante, y si debemos explicarnos con toda franqueza; tengo motivo para presumir que si trata de alejarme de aquí, es porque, tal vez sin fundamento, imagina conocerme demasiado. Yo no he permanecido siempre en Francia, he visto á Venecia como á Tolosa, y la ciudad de Nápoles me ha contado algún tiempo en el número de sus habitantes.»

—Luego confesais, interrumpió d^e Aigremont, que vuestro nombre no es Aldrio, ni Génova vuestra patria?

—Os he dicho yo una palabra de eso, mi temido señor? Seguramente no quisiera teneros por juez: con vos se habria confesado bien pronto lo que no se tenia intención de decir. Qué! porque yo os hable de mis viajes

á Venecia y á Nápoles, he de haber nacido en una de estas ciudades? Ya dije el otro dia al caballero Loredani... no, Mesalvo quise decir (á la verdad estos dos nombres se presentan tan súbitamente á mi memoria, cuando hablo de estos dos señores, que siento haber encontrado esta desgraciada semejanza, causa de mi constante error): dije pues, al señor de Mesalvo, el nombre de mi patria y mi profesion, yo debo creer que os ha instruido de uno y otro, y en su consecuencia no debe admiraros ver á un navegante genovés correr dos puertos tan célebres en el Mediterráneo y el Adriático.

—Y podriais esplicarme á vuestra vez, por qué singular afectacion nos hablais particularmente de Venecia y de Nápoles, si poderosos motivos no os inclinan á hacerlo así? Por qué repetirnos la historia de vuestro nacimiento, si no temeis dejar conocer vuestra verdadera clase?

—Yo, temer! señor templario, estais equivocado: toda vuestra omnipotencia no seria capaz de hacer dar á mi corazon un latido de miedo. El hombre de bien tiene una gran ventaja sobre los malvados, y es la de poder mirarlos, hablarles sin palidecer, y aun caer bajo sus golpes, sin dar la menor señal de

un espanto, compañero inseparable de su maldad.

El tono con que Aldrio Aldrici pronunció estas palabras, turbó efectivamente á aquellos á quien, con tanta justicia iban dirigidas. D' Aigremont se indignó, y creyendo tomar su revancha, le replicó precipitadamente en estos términos, sin reflexionar en lo que podría seguirse:

—Teneis razon: el ser virtuoso puede obrar con franqueza; jamás se oculta, rara vez se disfraza bajo un nombre que no sea el suyo propio: así el gran vicario del ilustre obispo de Pamiers, el napolitano Bernardi d' Altemporia se admira de que en Tolosa se nombre Aldrio Aldrici el que en otra parte...

—Luego está aquí, interrumpió Aldrio, ese miserable; digno del mas cruel suplicio! Ah! yo debo esperar todos los males que son capaces de concebir la venganza y la calumnia. Hé ahí, seguramente el mas digno auxiliar de que mis enemigos pueden servirse.

—Y bien! patron genovés, os habeis trastornado al saber semejante noticia? No esperábais encontrar por acá un hombre tan perfectamente instruido en todo lo que os concierne?

—Gran prior del Temple, y vos caballero Mesalvo, retened bien estas palabras; des-

graciados aquellos, cuyo odio esperaba sacar partido de las revelaciones del execrable Altemporia; una venganza bien legítima, y demasiado largo tiempo suspendida, estallaría entonces, y su esplosion sería terrible. Si los laureles ponen á cubierto del rayo, también este suele herir los puntos más elevados.

—Ese tono, esa amenaza, dijo d' Aigremont, todo me convence de lo que quería saber: me direis ahora de quién ha recibido el ser esa joven belleza de quien os titulais padre?

—Basta, señor templario, no pasemos más adelante por el reposo del uno ó por el otro. Yo he podido por compasión á una desventurada, hacer el juramento de no llevar al suplicio á su asesino; pero un nuevo insulto podría poner término á mi paciencia, y miraría como tal vuestra pregunta si fuese repetida. Creed que Aldrio Aldrici, simple ciudadano de Tolosa, pero cuya vida puede ostentarse á la luz del día, tendría bastante crédito acaso para rechazar toda injusta agresión, aun cuando fuese atacado por el gran prior del templo. Bastante hemos dicho para apreciarnos mutuamente, y el marino genovés no descende en su opinión comparándose al pisano Mesalvo y al tolosano d' Aigremont. Una conversación más larga, solo serviría

para irritarnos: creedme, no pasemos de aquí, encargad á otro el cuidado de distribuir vuestras limosnas, si estais en ánimo de hacerlas; y que este caballero piense otra vez antes de introducirse como espía en una casa honrada, en buscar pretesto mas adecuado, y sobre todo en tomar otro semblante; el suyo es demasiado conocido del mundo, y Dios sabe lo que le habria sucedido, si en lugar de dirigirse á un habitante de esta ciudad, hubiese encontrado á un palermitano. El manto de templario que le cubre, no hubiera podido envolverle tan bien, que aquel no hubiera distinguido sobre su túnica las manchas de un color semejante al de la cruz que le condecora.

Al terminar este cruel apóstrofe, Aldrio sin inclinarse, sino llevando la mano á la guarnicion de su espada, se retiró á pasos lentos despues de haber dirigido sobre los dos caballeros una mirada en que se pintaba la ironía y el desprecio.

D^e Aigremont le dejó partir sin decir nada, y el mismo Mesalvo aterrado por lo que acababa de oir, estaba lejos de pensar en vengar semejante afrenta. Los dos permanecieron en silencio, en tanto que oyeron los pasos de Aldrio Aldrici resonar bajo las bóvedas sonoras de la escalera.

—Es mas que un hombre exclamó Mesaívo; es un diablo! Pero un diablo muy temible. Felizmente no tendrá, como su modelo, el privilegio de la inmortalidad; pero aunque me costase ser yo mismo arrastrado en su ruina, ese insolente no puede existir mucho tiempo. Cómo me ha tratado! Con qué audacia ponía sus ojos en mí.... Ah! señor prior, no participais de mi cólera? y vuestro honor no se encuentra tan ofendido como el mio?

—Dudais de ello, Mesalvo? Pensais que es posible perdonarle su virtud y sus injurias? No, sin duda; no estamos en ese caso. Apresurémonos á destruirle, pero tomemos tambien nuestras medidas para lograrlo, que no le sea imposible escapar. Pensais en la suerte que nos esperaba, si ese atrevido, burlando nuestra venganza, tratase á su vez de hacernos sentir todo el peso de la suya?

—Desechad todo temor; ya habeis visto cómo sabe servirnos Roldo, no será en esta circunstancia menos diestro ni menos decidido.

—No perdais tiempo en reclamar su asistencia; yo os ruego que Aldrio perezca! pero que su hija sea respetada y puesta en mi poder! Solo yo debo ocuparme en ella, y si he de dar crédito á mis presentimientos, acaso

toda la ternura que tenga por ella, será inferior á la que me merece.

La conversacion de los dos templarios fue interrumpida por la llegada del duque d' Au-villars, acompañado de su hijo el vizconde Aquiles. D' Aigremont los recibió con su acostumbrada urbanidad. Sus proyectos sobre la bella Elfegia exigian que aun tratase con una benevolencia particular á su familia: así el duque se retiró altamente satisfecho de su entrevista, despues de rogar al gran prior le acompañase á comer aquel mismo dia.

D' Aigremont aceptó con entusiasmo semejante invitacion, y remitió al dia siguiente el viaje que habia pensado hacer al castillo de Montgiscard, ordenando solamente á Messalvo partiese sin demora, á fin de no perder tiempo en concertarse con Roldo para la nueva empresa que querian llevar á cabo.

Tomadas estas diversas disposiciones, el caballero de Rochester, templario inglés, y antiguo amigo de d' Aigremont, le hizo anunciar si recordaba la carta en que este le habia prometido recibirle en dia prefijado. La multitud de acontecimientos, cuyo concurso habia aturdido al gran prior, era la causa del olvido en que habia incurrido con respecto al inglés, y satisfecho de verse recordar aquella promesa, mandó que inmediatamente

fuese introducido.

Hacia largo tiempo que d' Aigremont despojado de todas las virtudes humanas, no se habia sonrojado de favorecer las empresas de los ingleses contra la Francia: secretamente ligado con aquellos monarcas, enemigos eternos de su patria, recibia de ellos enormes sumas, necesarias á su fausto y prodigalidad, siempre crecientes. Por lo tanto, se encontraba en su absoluta dependencia, y en la imposibilidad de sacudir el yugo que se habia impuesto, antes al contrario, remachaba sus grillos cada dia mas. Su ambicion estaba tambien lisonjeada con una esperanza que le habia hecho entrever Eduardo I, reinante entonces: este príncipe pretendia, fundado sobre derechos poco legitimos, reunir á su corona toda la Aquitania y el Langüedoc, que formaban los estados de los antiguos condes de Tolosa, de quien d'Aigremont se titulaba heredero.

Deseoso de ganar en su favor á los poderosos señores de aquellas ricas comarcas, sus emisarios nada olvidaban para conseguirlo: no escaseaban las promesas mas exageradas, y alguna vez estos medios fueron coronados por el éxito.

D' Aigremont, entre otros, cuya familia era una rama procedente de los Rogers-Trin-

eavels (1) pedía para sí en toda soberanía, bajo la cláusula de homenaje, el condado de Carcasona. Lisonjeábase que entonces, haciendo anular sus votos por el papa, con quien estaba en buenas relaciones, podía formar un legítimo enlace, y dejar á su posteridad una magnífica herencia. Los emisarios ingleses no habian intentado disuadirle, antes bien le aseguraban del consentimiento de su soberano, y como se aproximaba el tiempo en que Eduardo I proyectaba abrir la campaña, juzgó conveniente el momento para acabar de ganar á los que debían ayudarle en su espe-

(1) La casa de Trincavel reinaba en el Langüedoc desde el fin del siglo IX, principiando en Aton I, vizconde, hijo de Eudo, conde de Tolosa en 893. Su hijo se hizo vizconde de Ronergue bajo el nombre de Bernardo I, Aton II fué vizconde de Alby; su cuarto descendiente Raimundo Bernardo, apellidado Trincavel, vizconde de Alby, casó con Ermengarela, hija de Pedro Raimundo, conde ó vizconde de Carcasona, cuya soberanía adquirió para sí y sus descendientes, habiéndola heredado la esposa de su hermano Rogerio III. Estos dominios permanecieron en la misma familia hasta la época de la guerra

dicion. En consecuencia, Rochester fué autorizado con los mas ámplios poderes para tratar con d' Aigremont sobre las condiciones antes espresadas.

El gozo del gran prior llegó á su colmo al tener la certidumbre de poder colocar un día sobre su frente una corona soberana; empeñóse á paralizar por todos sus medios las levadas de hombres que el rey de Francia trataba de hacer, á procurarse poderosas inteligencias en Tolosa, á rebelarse en fin abiertamente y entregar á las tropas inglesas la puerta de la ciudad, que sin duda se confia-

de los Albigenses, en que en 1209, Rogerio, último conde de Carsona, habiendo muerto prisionero del ejército de los Cruzados, esta soberanía fué dada á Simon de Montfort, y despues cedida por Amaury, su hijo, al rey de Francia.

Un hijo d' Rogerio pretendió en vano disputar su herencia á tan poderoso usurpador; pero se vió obligado en tiempo de San Luis, á aceptar en cambio una corta pensión: de este es de quien pretendia descender Antonio d' Aigremont. Los Trincaveles llevaban su escudo cuartelado de oro y gules, con armillos de plata en los cuarteles de gules.

ria á su cuidado, y que probablemente seria la llamada del castillo Narbonés, hoy de S. Miguel.

En recompensa Eduardo I le prometia y firmaba la promesa de dar á d' Aigremont la investidura de conde de Carcasona el dia siguiente de su entrada en Tolosa, administrándole ademas todos los medios para hacer la conquista y mantenerse en ella. Terminado este convenio, d' Aigremont despidió á Rochester, y se dispuso para dirigirse á la casa del duque d' Auvillars, adonde le llamaba su amor.

Detengámonos aqui un momento. Dejémos al gran prior, y volvamos á la interesante Ombelina, á quien hemos perdido de vista hace largo tiempo.

XIII.

Desde el momento en que al retirarse del aposento de Ombelina, el infame Marchesi la habia asegurado que bien lejos de haber succumbido á los golpes de Mesalvo su tutor ó su padre, porque ella no podia abandonar esta última idea, era uno de sus amigos, ella revolvía en vano su imaginacion en busca de los motivos de una relacion semejante; pero la reserva del señor Maurand era tal, que jamás habia hablado á su pupila de sus amistades y sus relaciones.

Viendo que sus esfuerzos por esta parte seria inútiles, llamó la esperanza á su socor-

ro, lisonjeándose si Mesalvo volvía á ponerse en su presencia, de servirse del nombre de su padre como de un talisman seguro, no pudiendo creer que el templario quisiese deshonrar á la hija de su amigo.

En tanto que se entregaba á estos pensamientos, olvidaba el curso del tiempo, y el reloj haciendo sonar las doce de la noche, la sacó de su distraccion; pero al mismo tiempo siniestras ideas vinieron á asaltarla por todos lados. El espanto de encontrarse en una pieza en que se habia cometido un crimen, el temor tan ordinario en aquellas épocas de supersticion, de ver aparecerse la sombra sangrienta de la víctima inmolada, se presentó vivamente á su imaginacion. Incapaz de acomodarse en un lecho, que recordaba haber visto manchado de sangre, permanecia inmóvil en la silla en que estaba sentada.

La vasta estension del aposento estaba débilmente iluminada por la escasa claridad de la lámpara; parecia ver salir por todos los ángulos de aquella sala estraña figuras producidas por su sola imaginacion, y para no hallarse en el caso de verlas cerraba frecuentemente los ojos, y no volvía á abrirlos sino á largos intervalos.

Acababa de hacer este último movimien-

lo, cuando en efecto, creyó ver salir de la puerta de un gabinetito colocado en una torrecilla, que se abría á la cámara sangrienta, un fantasma vestido de blanco, cuya cabeza estaba cubierta de un gran velo negro, sembrado de lágrimas de plata. Este espectro llevaba en la mano una luz verdusca, que iluminándole, le daba una forma mas espantosa aun. Ombelina á la vista de aquel odioso espectro, arrojó un grito, y llevando sus dos manos á los ojos trató de sustraerse á tan terrible espectáculo. Una exclamacion respondió á su grito, y el mas profundo silencio reemplazó á aquel momento de ruido.

Ombelina, casi desmayada, dejó pasar muchos minutos antes de resolverse á cambiar de posicion: á cada instante esperaba sentirse asida por una mano descarnada, pero aquella fatal inquietud no se realizó. Separó en fin, poco a poco sus manos, y ninguna vision la turbó con su presencia. Deseando disminuir su terror, ella queria atribuir la aparicion de que habia sido testigo, á un juego de su imaginacion acalorada; pero en vano esperaba distraerse: el recuerdo de lo que habia visto venia á agobiarla con toda su horrorosa verdad.


Mientras trataba de rechazar los siniestros pensamientos que en multitud la asedia-

ban, oyó á lo lejos el sordo rugido del trueno y poco despues un relámpago iluminó su estancia. Ombelina, al pavor que podia causarla la vista de un espectro, unió el que acompaña comunmente al estampido del rayo y de sus efectos. Entonces, pálida y temblando se reconvino no haber buscado su auxilio en Dios, en las angustias que la rodeaban, y arrodillándose inmediatamente redoblaba su fervor á cada trueno que las nubes despedian. La tempestad se adelantaba por momentos.

Ya la lluvia cayendo á torrentes batia las coloradas vidrieras, en las que los relámpagos de tiempo en tiempo hacian brillar mil luces; pero Ombelina enteramente dominada por su terror, nada veia; parecia que ninguna cosa podia distraerla de su plegaria, pero en aquel momento un extraño rumor, penetrando al través del furioso huracan de la tempestad, escitó vivamente su atencion: parecióla que muy cerca de ella se dejaba oir una música aérea. Sorprendida de este nuevo incidente, prestó cuidadosamente el oido, no cansándose de admirar el concurso de cosas extraordinarias, de que aquel castillo era teatro. En los intervalos de la tormenta pudo distinguir los sonidos de un instrumento de cuerdas, y bien

pronto una voz uniéndose á él, cantó un romance en estos términos:

El ángel consolador.



Espiritus errantes á esta hora
penetran los castillos mas guardados,
y á los tiranos llevan los cuidados
con que el malvado su ansiedad devora.
Ellos tiemblan, y sufren la agonía
con que les atormenta su conciencia;
mas tú, descansa, oh tímida inocencia!
que el cielo un ángel defensor te envía.

Es media noche; el rayo enfurecido
de lejos brama en la celeste esfera;
el alma del tirano así se altera
de las pasiones al feroz rugido:
tan cierto es que una ley severa y dura
el castigo fulmina á su violencia;
tú duermes en paz, oh tímida inocencia,
que un ángel te consuela y asegura.

Tú víctima del crimen atrevido,
á quien cargó su rabia de cadenas,
un término tendrán tus crudas penas,
y él sufrirá el castigo merecido;
ya se acerca la aurora de ese día,
que el pérfido contempla tembloroso;

oh inocencia! no pierdas tu reposo,
que el cielo un ángel protector te envía.

Aquí los acentos se debilitaron insensiblemente, alejáronse poco á poco, y sucedió un profundo silencio; pero entonces el trueno estalló de nuevo con violencia, la tempestad llegaba á su mas alto periodo.

Ombelina, no obstante, pareció recobrar algun valor en medio de sus desgracias: la pareció que descendian del cielo los consoladores canticos que acababa de oír, y por lo tanto les debió una nueva energia. Tenia por indudable que su ángel guardian era el que habia hablado, y esta idea encantadora, disminuyendo sus terrores, la hizo caer insensiblemente, á pesar de los truenos, cuyos estampidos no cesaban, en un adormecimiento forzado, pero agradable sin embargo, en la situacion en que se hallaba.

El dia brillante con toda su pompa matinal, vino á sacarla de los brazos del sueño: despertose algo mas consolada, y dedicó su primer pensamiento á Dios, suplicándole tomase la defensa de una huérfana desgraciada, abandonada de las criaturas, pero que se creeria suficientemente protegida, si él venia á su socorro. Su cuerpo refrigerado con los dulces vapores de la aurora, llevó

à su alma ideas menos tristes; pero no podia reflexionar sin terror en el momento de volverse à ver en presencia de su indigno perseguidor. Aproximóse à una ventana con el objeto de abrirla, pero la enecontró fuertemente asegurada con un candado demasiado pesado para poder arrancarle. Sin embargo, por el espacio de un vidrio que faltaba pudo Ombelina dirigir una mirada à la campiña. Su corazon de repente principiò à latir de alegría al divisar al señor de Mesalvo que, seguido de muchos templarios à caballo tomaba el camino de Tolosa.

Hemos visto ya que queriendo Mesalvo ir él mismo à noticiar al gran prior de Tolosa los acontecimientos sobrenaturales de que el castillo de Montgiscard habia sido teatro, se decidió à partir al dia siguiente à pesar de su disgusto en alejarse en aquel momento de su cautiva, sobre la cual habia formado tan detestables proyectos: antes de marchar, recomendó mil veces à su escudero Marchesi el cuidado de que no la dejase salir de su estancia, temiendo naturalmente que la vista de tan hermosa criatura despertase la curiosidad ó el deseo de los demas caballeros, casi todos tan corrompidos como Mesalvo. Marchesi juró à su señor no perder de vista al objeto de su pasion, y se dispuso à guardarla cuidado-

samente.

En tanto que Ombelina consideraba con tanto placer la partida del pérfido italiano, la buena Marcelina se encaminaba á la cámara en que estaba encerrada, llevando debajo del brazo un abultado paquete que contenia vestidos de mujer, con los cuales Marchesi queria reemplazar el traje de Ombelina, cuya forma demasiado poco comun, y no ménos conocida, habria podido dar lugar á desagradables conjeturas, y á lo que tambien contribuia el saber que la superiora de las hospitalarias de Bariege hacia buscar por todas partes á la novicia que le habia sido arrebatada. El estaba bien seguro de la discrecion de Jacobo y de su mujer: esta vieja pareja se encontraba en su dependencia, y la menor infidelidad de su parte los precipitaria en los horrores de una eterna prision. Por lo tanto descansaba completamente en ellos.

Ombelina siempre ocupada en mirar por el vidrio roto, oyó no obstante el ruido hecho á su puerta: volviése precipitadamente, y se disminuyó su sobresalto al reconocer á Marcelina.

—Alabado sea Dios! exclamó al entrar en el aposento: yo temblaba, santa señora, no encontraros viva! Cuánta razon hay para decir despues de la noche que hemos pasado,

que una desgracia nunca viene sola! No eran bastante los aparecidos que habitan esta triste morada, que tambien debia venir la tempestad á hacer temblar hasta los cimientos! Y bien, habeis dormido? Ah! me parece que no, porque la cama está como yo la dejé. Ya conozco lo que es: vos no habeis podido resolveros á dormir en ella, á riesgo de despertaros y encontrar á vuestro lado al caballero que pereció aquí: vos habeis preferido rogar á Dios por él, y seguramente yo hubiera hecho otro tanto.

Ombelina, tratando de dar otro rumbo á la conversacion, cuyo objeto era poco agradable, queriendo ademas obtener alguna explicacion sobre el cántico que habia oido en medio de la noche, preguntó á Marcelina si habia algunos músicos en el castillo de Mongiscard.

—Músicos? respondió esta, sin duda que los hay, señora: tenemos á Urbano que es estremadamente diestro en tocar el tambor; y pocos trompetas se sirven tan bien de este instrumento como Guillermo, mi hijo, quiera Dios que vuelva con bien de la guerra, adonde ha ido con el señor de Lévis: mi hijo, digo, toca la flauta prodigiosamente: cuánto le echan menos por lo mismo las jóvenes de la aldea inmediata! Madre Marcelina, me dicen todos los dias, cuando volverá vuestro Ge-

rardo? cuánto nos acordamos de él! desde su partida por milagro bailamos algún domingo despues de visperas en las praderas de la orilla del rio.

—Mucho gusto tengo, mi buena Marcelina, en saber los talentos de vuestro hijo, y deseo vivamente su regreso para que reanime los juegos de las pastorcillas de Montgiscard; pero ademas de los hombres de cuyos talentos me acabais de hablar, no hay entre los señores de esta morada inhospitalaria, algún caballero que se divierta en tocar el arpa ó el laud?

—No, madama, nuestros templarios no ocupan su tiempo en eso. Beber, jugar, hacer robar las hijas de sus vasallos; esas son las únicas diversiones.

—Con que estais bien cierta que aquí no hay hábiles músicos? Sin embargo, esta noche en los intervalos de la tempestad, yo he creido oír... y he oido ciertamente, una voz melodiosa que salta de cerca de aquí, y cantaba un romance melancólico.

—Que la Virgen Santisima os proteja, señora, y os preserve de oír á menudo semejantes sonidos! ellos son casi siempre, en este castillo, el presagio de una muerte próxima. Ay de mí! no faltaba mas que eso para volverme loca. La campana tocándose sola,

una sombra paseándose sobre las murallas, la capilla iluminada, los muertos cantando una misa, un fantasma apareciéndoseme bajo el hábito de un religioso aquí cerca en la sala de audiencia: esta noche una música que salía de no se sabe dónde ni quien la ejecutaba. A la verdad los duendes deben tener muchas horas desocupadas para entretenerse en pasarlas así.

Ombelina, á pesar de su tristeza no pudo menos de sonreirse de la recapitulacion que acababa de hacer Marcelina. Cuán facilmente hubiera podido aumentar su espanto, refiriéndola la visita nocturna de que estaba convencida haber sido testigo! Pero no quiso sobresaltar mas á la conserja, á fin de conocer mejor el interés que la manifestaba. Esta despues de haberla entregado las provisiones de su desayuno, ostentó sobre la mesa, en que permanecía la espada del señor Maurand, los vestidos destinados á Ombelina: esta se decidió á hacer uso de ellos, tanto mas facilmente cuanto no renunciando á la idea de intentar evadirse, esperaba ser menos notada con cualquiera de aquellos trajes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

